

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año V ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 181

PAUL BIOLLEY

Cayó, como caen los valientes abrazados á su bandera, oprimiendo contra el pecho el estandarte de sus sabias enseñanzas.

En su camino, fué un Cristo que desangró sus pies en las zarzas de la existencia, mientras predicaba la palabra que lleva luz á los cerebros y sentimientos al corazón; el verbo que rasga las tinieblas de la ignorancia para hacer surgir el sol de la Verdad; la sentencia que derriba las falsías para reconstruir sobre sus escombros la obra generadora del bien común.

No lloremos sobre la materia; que el dolor grita desesperado por el alma del apóstol á quien hizo sucumbir el odioso capricho del Destino que condena á los hombres á perecer en el apogeo de sus energías.

Murió el maestro. . . . Se apagó aquella voz que desde la Cátedra formaba corazones é inteligencias; pero aun vibra el eco de la palabra que grabó en nuestros espíritus.

Murió el apóstol. . . . Pero viven sus discípulos que cosechan el fruto de la semilla que sembró en campo fértil, haciendo honor á su memoria.

El Ateneo de Costa Rica deposita una corona de siemprevivas sobre su tumba, que refrescará continuamente con el rocío fecundo de sus sentimientos de gratitud hacia quien le acompañó en la ardua labor de hacer un centro digno del nombre que ostenta

Páginas Ilustradas se descubre ante el recuerdo de uno de sus mejores colaboradores que ha dejado en sus columnas la huella luminosa de su saber.

Un abrazo de duelo fraternal para la familia.

Conferencia

leída por el socio señor don Elias Lelva, profesor de Geografía é Historia, sobre "un viaje á la región del General, Térraba y Boruca."

SEÑORAS Y SEÑORES:

Al hacer uso de la palabra en este cultísimo centro de la intelectualidad costarricense, no voy á abordar ningún problema de importancia social ó científica de esos que á menudo suelen ocupar con justicia vuestra atención; no voy á regalaros tampoco con una de esas brillantes producciones que han amenizado y amenizarán en lo futuro las veladas del ATENEO. Ajeno como soy á las labores de imaginación, no encontraréis en el curso de mi trabajo las flores con que se engalana el pensamiento cuando se cristaliza en el humano verbo; profano como soy en el culto de lo bello no podría presentaros otras bellezas que las que ofrece la parte del suelo costarricense que habré de describiros.

SEÑORES:

Hay una región del territorio de Costa Rica que permanece ignorada aún por la mayor parte de vosotros; hay allí una naturaleza que no ha sido jamás contemplada por el ojo del artista, una tierra de promisión que sólo se conoce de oídas y que espera todavía al nuevo Moisés que ha de conducir á ella las corrientes de la inmigración nacional. Hay una población que aún se mantiene libre de las concupiscencias que engendra nuestra vida en las luchas por el dinero y el poder, una población que se mantiene como ejemplo vivo del vigor de una raza casi extinguida y bastante menospreciada por los que han olvidado la historia de nuestros orígenes, raza, en fin, que conserva como en su germen el tesoro de muchas virtudes que ostentamos nosotros con orgullo en la fidelidad de nuestras esposas, en la simpatía de nuestras damas y en la sencillez casi patriarcal de nuestros campesinos.

La región á que me refiero se ha comenzado á estudiar científicamente por algunos profesores extranjeros al servicio de Costa Rica, y se conoce con los nombres de El General, Buenos Aires, Térraba y Boruca.

Para facilitarme la tarea, he de transmitir mis impresiones personales sobre una excursión realizada á aquellos lugares en los meses de enero y febrero del año que está corriendo.

Al realizar ese viaje no me eran ignorados los muchos peligros á que se expone el viajero al internarse en los senderos de las montañas; tampoco me eran desconocidos el ciclo de sus leyendas, las supersticiones espeluznantes con que la fantasía popular ha rodeado al Cerro de La Muerte, las dificultades para el transporte de comestibles y vivienda y los rigores de un clima que no tiene parecido con la eterna primavera de que disfrutamos en el valle de San José. Pero contaba de antemano con el entusiasmo perseverante de unos cuantos jóvenes, los de la Sociedad de Excursionistas de San José, que conmigo hicieron aquel viaje. Siempre he tenido la mayor confianza en los esfuerzos de la juventud, á la cual, por razones de mi oficio, tengo ligado mi destino desde hace algunos años; y debo declarar en honor á la verdad, que de esta vez mis esperanzas no fueron defraudadas por los desalientos del ánimo ó los desfallecimientos del valor.

Habíamos salido de San José en una madrugada del mes de enero; habíamos llegado al pintoresco pueblecito de Santa María que se halla aprisionado en el corazón de las montañas de Dota y penetrado en una región seguramente poco conocida por vosotros y que será objeto de mi descripción en los capítulos siguientes.

El camino se eleva directamente al lado del Copey hasta una altura de 1788 metros, por una cuesta bastante penosa, y desciende luego, suavemente, hasta el vallecito del mismo nombre, donde se halla la finca de ganado del señor Juan Monge Guillén y el aserradero, ahora casi abandonado, que fué de don Pedro Pérez Zeledón. Los alrededores son muy pintorescos, aquí, aunque la tala sistemática de los bosques quitará de día en día al paisaje las mejores galas con que lo dotó la Naturaleza. Hay un bosque entero de *jaules* corpulentos (1775 metros) bastante cerca de la orilla del *Parrita* que corre por el fondo del valle.

Desde la sabana del Copey, cubierta en su mayor parte de pastos, se destacan los picos cercanos de la sierra, cubiertos á trechos con los maizales y los bosques, que indican que el terreno es de bastante fertilidad. En los puntos de mayor declive se encuentran dispersas las manchas rojizas de la tierra arcillosa, que deben atribuirse á los grandes árboles que se desarraigan y á las aguas lluvias que arrastran las tierras desmenuzadas por la gran pendiente. El desprendimiento de las tierras es todavía favorecido por las quemas, que retardando la formación del mantillo en los lugares en que es delgada la capa del suelo, descubren por todas partes un subsuelo lleno de guijarros. Estos lugares serán dentro de pocos años cerros sin vegetación de grandes árboles, como los de Candelaria y Corralillo, cerros llenos de piedras y cubiertos de gramíneas y helechos, que son las únicas plantas que pueden prosperar bien en tales condiciones. El valle del Copey, en cuanto á altitud, tiene con Santa María una diferencia de 250 metros, lo que hace que este lugar posea un clima más fresco, que puede muy bien adaptarse á los cultivos de las zonas templadas. Ya se han hecho ensayos con el trigo y la patata con muy felices resultados.

La población del vallecito aumentará con el transcurso del tiempo; hace algunos años sólo existía la casa lechería del señor Monge, hoy se encuentran allí cinco casas y se construye una para la enseñanza.

Dos horas de marcha habíamos tenido desde Santa María, luego un buen almuerzo, que nos permite apreciar la buena calidad de la leche y la del queso que allí se fabrica en casa del señor Monge, y otra vez la marcha hacia el cerro de las Vueltas quede antemano habíamos designado para pernoctar.

Sálese del valle con rumbo S. E., tomando un pequeño trillo que sube por una pendiente cada vez más penosa. Entramos por terrenos de cultivo dedicados al maíz. Todo el terreno está cubierto de troncos ennegrecidos por el fuego, que acusan la barbarie de sus cultivadores, troncos muy grandes y gruesos, que son el recuerdo de una antigua vegetación hermosísima. Entramos de lleno en un bosque bastante espeso, un bosque nuevo, compuesto de robles en su casi totalidad. El camino, propiamente hablando, ha terminado en el Copey y el trillo que ahora se sigue ha sido reformado por completo, desde que lo descubrió el señor Pittier, en el libro que sobre estas mismas regiones publicó en 1891. En lugar de salir del valle por el S. O., sale, como ya se ha dicho, por el S. E., subiendo por una loma que evita el dar una gran vuelta. Sin embargo, la cuesta, durante una hora y media, es sumamente inclinada: en un espacio de 4 kilómetros se sube desde 1800 metros hasta 2500, lo que da una pendiente media de 20 %, siendo aún mayor en muchos lugares. Es allí donde principian las dificultades de la marcha: la humedad aumenta con la espesura de los bosques; á veces se avanza mirando á uno y otro lado cómo se repiten las mismas especies vegetales, á veces la senda, que se estrecha y ondula por la falta de la montaña, hace nuestra ascensión sumamente difícil y agota nuestras fuerzas. Por desgracia no se encuentran aguas corrientes en los alrededores con que apagar la sed, y hay que recurrir á las bromeliáceas, que en este lugar se encuentran en grandes extensiones. Las bromeliáceas terrestres constituyen, después de caminar durante dos horas y media, los únicos depósitos de agua disponible, y, aunque sabemos que son al mismo tiempo los depósitos para las larvas de los zancudos, no tenemos más remedio que recurrir á ellas para refrescar nuestras gargantas.

Desde el término superior de esta fuerte pendiente, que está á 2400 metros, sigue luego el camino por una región más plana, con pequeñas bajadas,

algunas veces, hasta llegar á una pequeña quebradita, que se encuentra á una distancia de 50 metros de la vereda y que parece puesta allí providencialmente para que el viajero no se muera de sed [2580 metros]. Aunque ya la temperatura es bastante fresca, nos cae, muy inoportunamente, un fuerte chubasco que convierte ciertas partes del camino en verdaderos charcos, retardándonos la marcha. Esta circunstancia tan imprevista nos priva en parte del deseo de admirar la naturaleza agreste y salvaje del lugar. A medida que nos acercamos á la cumbre del cerro de las Vueltas, la vegetación va haciéndose más delicada y el aspecto del paisaje cambia notablemente: parece que nos encontráramos de repente en medio de un jardín abandonado en el bosque: las mirtáceas cubiertas de flores blancas, las borragíneas de flores celestes y las lobelias también en florescencia, están cubriendo el suelo y las orillas de un riachuelito que pasa haciendo mucho ruido entre las piedras totalmente cubiertas de musgo. Los musgos de color blanco, y los líquenes, tapizando los árboles en sus troncos y en sus ramas, dan al bosque entero un aspecto de graciosa apariencia. Después de todo eso, un fro que trasmina, una lluvia fina y persistente que moja hasta la médula de los huesos y una calma inmensa. Recogemos algunos helechos y varios ejemplares de las plantas típicas del lugar, y á poco andar nos encontramos en la llamada Galera de las Vueltas, á los 2948 metros sobre el nivel del mar y á 17, 2 kilómetros de Santa María de Dota.

Mientras nos instalamos en aquel rancho diminuto, que parecía abandonado en medio de la montaña, nos ocupamos en secar nuestros vestidos en un fogón hecho dentro del mismo y en recoger informes respecto de este paraje, que en otro tiempo ha sido habitado por el hombre. En las Vueltas antes existía una hacienda de ganado del Doctor don Pánfilo Valverde, hoy de don Juan Monge Guillén, y en ella se hicieron, con mal éxito, algunos ensayos de aclimatación; pero debido al frío tan intenso, y á los estragos que causan los numerosos tigres que andan por la selva, hubo necesidad de abandonarla. Aún quedan algunas de esas reses que se han vuelto *cimarronas*, y cuya existencia suele ser á veces un peligro tan serio como el de los mismos tigres. Por fortuna, aunque encontramos muchas huellas, no llegamos á avistarnos con ninguno.

Como era de esperarse, por la altura á que nos encontrábamos, la noche fué sumamente fría, habiendo llegado á marcar el termómetro, como temperatura mínima, 2°, 7 centígrados. A la mañana que siguió á aquella noche tan incómoda como fría, nos levantamos á explorar un poco los alrededores para darnos cuenta de las condiciones del paraje y recoger algunas plantas y pastos de los que sirven allí de alimento á los ganados. En la cumbre del cerro todo es interesante: el aspecto del terreno es pantanoso y agrietado y la vegetación refinada. En los depósitos de agua del suelo y sobre las ruinas de los viejos troncos deshechos por la humedad, numerosos *sphagnos*, líquenes y hongos se descomponen para dar origen á los yacimientos de tierra negra con apariencia de carbón que se extienden por todas partes. El cerro de las Vueltas es bueno para la cría del ganado, pero la propia cumbre ofrece un peligro serio para los animales con la formación de pequeños pozos, pequeños en apariencia pero de gran profundidad, que los atraen con el engañoso aspecto de sus orillas y los hacen perecer ahogados en el fangal.

Emprendemos al fin nuestra marcha al través de una fuerte neblina que nos impide gozar del paisaje. Al cabo de tres cuartos de hora subimos á la parte más elevada del camino [3082 metros], desde cuyo punto se puede divisar una pequeña eminencia que tendrá 25 metros más. Según esto, el cerro de las Vueltas tendría unos 3105 metros.

A medida que bajamos, se repite en las montañas el aspecto que estas tenían cuando ascendíamos y el camino se vuelve intransitable: los charcos ya no se encuentran esparcidos de aquí y de allá, sino que el camino mismo es un barrizal continuo. Principalmente para los cargueros la marcha se hace casi imposible, porque tienen que ir pisando sobre las raíces que el charco ha dejado descubiertas para agarrarse á las ramas de la orilla para no hundirse. Se va sintiendo, como es natural, un cambio en la temperatura y al llegar á la falda llamada *Bella Vista* todo es muy parecido al cerro de las Vueltas, en la ver-

tiente opuesta y poco antes de nuestra llegada á la cumbre. La vegetación se conoce que es, sin embargo, más abundante que la de aquella parte del cerro. A una altura de 2960 metros encontramos una *musaraña* que iba haciendo ruido por debajo de las hojas secas. El cuadrúpedo, único que logramos ver en aquellas soledades, fué capturado y enviado más tarde á Washington para su clasificación por no corresponder su morfología con las descripciones de los colectados hasta hoy en Costa Rica.

En Dos Amigos, donde llegamos más tarde, hay un pequeño desmonte y se consigue agua en un riachuelo que hay allí cerca [2946]. Después de un almuerzo ligero seguimos adelante con el propósito de pernoctar en Jaboncillo y pasar el temido cerro de la Muerte en las primeras horas de la mañana. El camino es al principio plano, pero luego comenzamos á subir una serie de picachos cuyas alturas van en aumento cada vez. ¿Como á las tres y media de la tarde de aquel día llegamos al límite superior del bosque y á una altura de 2976 metros. Es de notarse que la parte superior del bosque, lo mismo que en el Irazú y en otras montañas elevadas del país, está enteramente muerta: los troncos y las ramas de los árboles se encuentran en perfecto estado de desarrollo, pero completamente secos. Hay aquí un fenómeno que merece el más digno estudio. Cómo es que esos árboles han podido desarrollarse y por qué han muerto después? Tenemos aquí un hecho que tal vez sirva para comprobar la creencia de algunos geólogos de que nos encontramos en uno de los periodos de calor del período glacial y de que ya la temperatura empieza á bajar otra vez. Según esos tales árboles se habrían desarrollado durante la época del calor, y la vuelta del frío no han podido resistirla y han perecido.

Por fin llegamos á Jaboncillo, á donde nos preparamos para pasar la noche, Jaboncillo ó El Jaboncillo, como le dicen algunos, ocupa el fondo de una hondonada al pie del cerro de la Muerte. El terreno, aunque en pendiente muy pronunciada, es un verdadero fangal, de tal suerte que para colocar la tienda en punto seco, hubo necesidad de cortar grandes cantidades de cañuela, bastante abundante en el lugar, y extenderla en el suelo cenagoso. Durante la noche, sea por causa de falta de viento, ó por haber estado nada menos que quince personas dentro del reducido espacio de la tienda, no sentimos absolutamente el frío intenso de que tanto nos habian hablado; grande fué, pues, nuestra sorpresa cuando á la mañana siguiente, al levantarnos, nos encontramos con que los numerosos charcos que nos circundaban estaban cubiertos de una capa de hielo de 4 á 5 milímetros de espesor. Creemos que es la primera vez que se hace notar en Costa Rica la presencia de hielo verdadero: la escarcha es bastante común aun en terrenos más bajos. La temperatura media había estado, pues, esa noche muy cerca de 0°

Al salir aquella mañana echamos una rápida ojeada por los alrededores. El punto es dominante, dividiéndose desde allí la mayor parte de los valles de la Meseta Central; hacia abajo se ven los bosques de la vispera, y hacia las laderas, vecinas que muy pronto hemos de escalar, gran cantidad de cañuelas y de una especie de *Zamia*, *cycas* que lucirian con orgullo en nuestros jardines de la capital. Emprendemos la ascensión del cerro como á las ocho de la mañana. Era el día 25 de enero. La mañana estaba muy fría y á medida que subíamos íbamos notando por todas partes las señales de la helada; los pequeños pozos pluviales que se encuentran á lo largo de la vereda estaban cubiertos de láminas de hielo que cedían á nuestras pisadas produciendo el sonido de vidrios que se rompen. En algunas partes el camino es el lecho de una quebrada que debe ser regular en el invierno, á juzgar por el trabajo de erosión que se nota. No puede uno menos que admirarse al ver cómo suben por allí las bestias de carga cuando para uno mismo es ello empresa más que difícil. Después de aquel cerro sigue otro y otro, siendo el que se sube más alto que el que le precedía: así tenemos 3,100, 3,150 y 3,200 metros sucesivamente, y eso sin subir á las partes más eminentes, pues el camino sigue en zig-zag por las laderas para evitar las pendientes inútiles. Después de una hora y media de marcha de ese modo, llegamos frente á un cerro que nos parecía ser el más alto y nos decidimos á escalar la cumbre para verificar la altura. Como recuerdo de nuestra ascensión, pusimos allí una placa de aluminium con el nombre

de la Sociedad de Excursiones de San José, y por cuya causa lo llamamos el cerro de la Placa (3,331 m.). De su cumbre se contempla un maravilloso paisaje alpino del que no pudimos gozar por mucho tiempo por haberse nublado la atmósfera repentinamente. Al N. E. se distinguen las enormes masas del Cerro de Chirripó, cuyas cumbres, como sucede casi siempre, estaban nubladas. Al S. se distingue una isla y una parte del litoral del Pacífico que nos permite reconocer los islotes de "Los Quepos". Por el E. se ve la masa que acabamos de atravesar. Muy pronto, sin embargo, todo se cubrió de nubes, resignándonos á abandonar tan magnífico observatorio para continuar nuestra ruta. Aunque al principio bajamos un poco, muy pronto el camino se eleva otra vez para llegar á la parte más alta, que es superior al cerro de la Placa, á 3,357 m. sobre el nivel del mar. Desde este punto se divisa la verdadera cumbre del cerro de Buena Vista, que queda como á quinientos metros á la derecha del camino. Con el mismo propósito que antes subimos hasta esta prominencia, cuya altura es de 3,402 m., inferior en poco á la cumbre del volcán Irazú. Era las doce del día cuando llegamos á la propia cima del cerro, que por el aspecto de desolación que presenta ha sido llamado de la Muerte. Algunos peñascos de tamaño gigantesco y de color oscuro, compuestos de rocas eruptivas, y en las que se encuentran incrustaciones de cuarzo, están esparcidas en diferentes partes, dando al paisaje un aspecto sombrío. La ausencia casi absoluta de naturaleza animada, le da al lugar un aspecto tétrico. Unos pocos pajaritos de colores grises, de esos que suelen encontrarse en las altas montañas del Poás y del Irazú, saltan por debajo de los matorrales piando tristemente. Removiendo unas piedras grandes encontramos una pequeña salamandra (Sperlepis uniformes) y más tarde fué encontrado otro ejemplar de mayor tamaño, casi á la misma altura. Estos animales y el *felis onca*, cuyas huellas encontramos muchas veces en el mismo camino, forman los representantes más característicos del reino animal en estas soledades. Pasa igual cosa con la vegetación; si algunas semillas de árboles venidas del bosque que rodea el cerro suelen germinar, no se desarrollan allí sino muy débilmente.

Como á unos 200 m. de la división de las aguas se nota un hilito de agua corriente, que ya en la dormida de la Muerte merece el nombre de quebrada y va á formar luego el río Buena Vista. Nace, pues, este río, como á medio kilómetro hacia el N. de la cumbre del cerro y cruza luego hacia el S., saliendo por la hondonada que se distingue también desde la cumbre.

Desde la Fila (2,900 m.) se ven á uno y otro lado los profundos valles por donde corren el río Buena Vista y la Quebrada de la División. El bosque es espeso y se compone en gran parte de robles. Estos, que á una altura de 2,900 m. á 3,000 están más achaparrados y tienen menos desarrollo, alcanzan su mayor altura desde los 2,800 hasta los 2,100 m.

A una elevación de 2,800 m. hemos encontrado jaules, como en el Copey, aunque en menos cantidad y con menos tamaño; también se ven ya las especies más pequeñas de periquitos de copete colorado, algunas cazadoras y gran cantidad de gorriones que llegan á los árboles en busca de las flores. Todas estas señales de la vida en el bosque contrastan con los despojos de caballos y mulas que han perecido en el camino, y cuyas osamentas, debido á la indolencia de los transeúntes, conservan todas sus partes y aun las mismas posiciones en que los pobres animales han caído al suelo.

Un cambio muy notable se va experimentando en la vegetación á medida que se desciende. La vegetación va siendo más abundante en especies de las regiones húmedas y cálidas. Aparece una palmera, *cola de gallo*, á 2,570 m. y van siendo los árboles cada vez más escasos para dar lugar á las especies arbrescentes de los climas tropicales.

Por fin llegamos á la División [2,362 m.] El lugar es atractivo, sobre todo la Quebrada de la División, que nos permite apagar nuestra sed y darnos un sabroso baño entre sus aguas frescas y cristalinas.

Los bosques de esta región abundan en aves de cerería; las palomas moradas vienen á posarse en grandes bandadas sobre los altos árboles. El pavón (*Crax Globicera*) y la Pava [*Penélope Cristapa*] existen en tal cantidad que el caminante, si lleva escopeta, puede dispensarse de llevar comestibles.

Emprendemos de nuevo la marcha: la vereda es húmeda, á veces un barrizal; el zumbido de los insectos es incesante por doquiera. Así llegamos á Lagunilla. Este lugar, que ha sido llamado así por las muchas lagunillas ó charcos que allí existen, nos proporciona un lugar aparente para pasar la noche debajo de unos grandes árboles. Después de las noches glaciales que habíamos sufrido en la cordillera, no venía mal aquella noche apacible y ligeramente cálida del trópico. La luna era espléndida y la temperatura sumamente agradable, pues habiendo alcanzado la mínima á 0 en los días anteriores, se elevaba ahora á 11° 4 c. Durante nuestro sueño nos dieron lujosa serenata los grillos del charral y las miríadas de ranas que habitan en las lagunillas de que se compone el paraje.

"De aquí en adelante es bajada", nos decían nuestros peones; mas como ya lo habían dicho tantas veces y habíamos encontrado siempre muchas subidas, nadie se alegró de la noticia. Ya estábamos, pues, preparados para subir unas cuantas "cuesticas" ó "treponcitos", siempre de 200 varas, las cuales resultaban ser á veces cosa de 500 á 1000 m. Sin embargo, esta vez era cierta su afirmación, y no teníamos sino *bajadas*, á excepción hecha de algunas cuestecillas de poca importancia. De este punto en adelante hasta El General, el camino se hace en una jornada de cinco á seis horas por una pendiente tan rápida, que en partes tendría un veinticinco por ciento de declive.

A medida que descendemos al valle encontramos nuevas muestras de la flora tropical, aumenta el número de las palmas y á los 1,770 m. se ven ya las *sirtubas* de tallos esbeltos que se elevan tanto como los mismos árboles.

A las nueve de la mañana pasamos por el Azahar y á las 9 y 20 por el alto del Palmital [1,505 m.] que, como su nombre lo indica, abunda en esta clase de palmera comestible, lo mismo que en *sirtubas* y pacayas.

Después de un bajar continuo, llegamos á orillas del río Buena Vista [856 m.], cuyo nacimiento ya conocíamos y comenzamos á andar por un camino bastante suave, por el lado S. Una vez llegado al paso, se sigue por la ribera izquierda del río hasta llegar á la población de El General, á tres kilómetros del punto antes mencionado.

EN EL GENERAL

Por fin, henos ya en El General, el día 27, á 121 kilómetros de San José y al 7º día de nuestra salida. Ya era tiempo de tomar algún descanso después de las penosas jornadas por los cerros, y de tomar también algún alimento después de un día de terrible ayuno, pues debido á un cálculo erróneo en las provisiones, mandamos la mayor parte de ellas adelante, y las que nos reservamos se habían agotado un día antes de nuestra llegada á este lugar.

Nos instalamos convenientemente en la casa del señor Raimundo Méndez, quien nos facilitó un trapiche para colgar las hamacas y nuestra tienda de viaje, la cual nos servía de gabinete de trabajo para arreglar nuestro herbario y de despensa para colocar nuestras provisiones de boca. La pusimos á una distancia conveniente, á pocos pasos de la Quebrada Grande.

La región llamada El General está comprendida entre el cerro de Buena Vista, la cordillera de Talamanca, por el Norte, y la nombrada cordillera costeña por el Sur. Hacia el O. comprende toda la cuenca superior del río grande de Terraba con su río principal El General y todo el sistema de sus afluentes que son muchos y forman, al bajar las montañas, como el cuerpo de un árbol que extiende sus ramas en distintas direcciones; cuéntanse entre ellos El Buena Vista, El Chirripó, La Quebrada de la División, El Pacuare, El Pacuarito, Quebrada Hermosa, Peñas Blancas, San Pedro, Unión, Convento, etc. Por el lado E. el valle no tiene más límite que las extensas llanuras de Buenos Aires, que también están regadas por los ríos de la cuenca colectora del Río Grande de Terraba en su curso medio. El caserío de El General está compuesto de unos cincuenta ranchos y casas de madera diseminadas á la orilla izquierda del río en una extensión de 9 kilómetros. No hay, como se ve, una población que merezca el nombre de tal; todo se reduce á una sucesión de

ranchos, separados entre sí por enormes distancias. El caserío comienza en el propio *paso* del río y no termina sino ya muy cerca de la Quebrada Hermosa. Hay una iglesia de techo pajizo y una casa de escuela en construcción que será, por el momento, la mejor del lugar.



Iglesia de techo pajizo y escuela en construcción en " El General "

La región de El General, por sus condiciones de suelo y clima, está llamada á un gran porvenir para la agricultura nacional. Los terrenos forman dos clases distintas y bien determinadas: cerca del río y en parte llana predominan las tierras de acarreo; y al pie de las colinas y cerros de los alrededores se pueden ver las grandes extensiones de tierra negra, mezclada á veces con arcilla.

El suelo es plano, con una ligera inclinación de N. O. á S. E. en la dirección del río, según se podrá apreciar por el dato siguiente: en el *Paso* los terrenos están á una altura de 829 metros, lo que da una diferencia de nivel de doscientos veinticinco metros en 9 kilómetros, ó sean 25 metros por kilómetro.

En los puntos en que el suelo es de naturaleza aluvial la tierra es muy liviana y de consistencia arenosa, y está formando una capa superficial de cultivo. El subsuelo, también formado por el río, se compone de capas de pedriscos y cascajos. Tal vez debido á esa circunstancia es que las pisadas del hombre y de las cabalgaduras producen en el suelo un sonido sordo, como si el piso estuviera hueco.

El aspecto de la vegetación era muy variado: en ella se ven mezcladas todavía las especies vegetales de los climas calientes y húmedos con las de los fríos y secos. En ninguna otra parte se dan tan admirablemente el tabaco, el café, el cacao, la yuca, el plátano, la caña de azúcar y las legumbres.

La apariencia que presentan los bosques de las vegas, da claramente á entender que esas extensísimas regiones han sido en otra época campos cultivados por una población indígena que ha dejado por todas partes señales de su existencia, y á esta circunstancia se debe el que en algunas partes no exista la vegetación secular.

Un día después de nuestra llegada visitamos las orillas del río General, y, mientras unos se entretenían en dar caza á las garzas blancas y morenas

que se encuentran por centenares en las playas, otros se dedican al estudio de este interesante río.

Con sobrada razón decían los antiguos egipcios que el Nilo era el padre del Egipto. En efecto, aquel río había formado el valle y lo seguía fertilizando con sus inundaciones periódicas; prestaba sus aguas para que con ellas hiciera el riego de las tierras y daba frescura y humedad al ambiente para atenuar los efectos del clima abrasador.

No otra cosa podrían decir de sus ríos los vecinos de El General; el suelo es fértil, porque las inundaciones frecuentes dejan por todas partes grandes extensiones de tierra aluvial, que, á diferencia de las que dejaba y aun deja el gran río africano, son aquí arenosas y ligeras. Un sistema de irrigación en El General no sería cosa difícil por la poca profundidad del cauce, que en algunas partes se encuentra al nivel de las tierras. Esta circunstancia da lugar á la subdivisión del río en varios brazos y al desplaje consiguiente de las vegas. En vano se harían esfuerzos para precisar la anchura del río en este punto de su curso; nosotros lo intentamos pero hubimos de encontrarnos con que las últimas avenidas del mes de octubre próximo pasado habían dado origen á cuatro cauces distintos, algunos de los cuales arrastraban poco caudal de aguas, y habiéndose, además, abalanzado la mayor parte de ellos sobre la llamada Quebrada Hermosa, esas inundaciones habían producido un cambio completo en la topografía del terreno, la pérdida de muchos cultivos y el aislamiento de otros en medio de las islas nuevamente formadas.

Los materiales de acarreo están formados, no sólo por las tierras arenosas sino también por los extensísimos pedregales que deja de año en año, y por otros materiales constituidos por los restos y detritus de las plantas, los troncos y las ramas muertas. Aquí fué notada por primera vez una costumbre que es generalmente observada también por los habitantes indígenas de toda esa parte del país: para hacer un puente sobre un río no hacen falta ni los ingenieros ni los trabajadores; la misma corriente habrá dejado en alguna parte un gran tronco de árbol al través del cauce que les servirá de puente natural, aunque tenga para ello que comunicar sus trillos con el puente así construido. Así ha pasado aquí, y en muchas partes la travesía se efectúa de esta manera.

En el verano el caudal del río disminuye notablemente y el vado es cosa fácil en cualquier parte.

En cuanto á sus condiciones de potabilidad, las aguas de El General dejan mucho que desear: muchos ranchos, por la gran distancia á que se encuentran del río se procuran las aguas que encuentran en los cauces menos importantes, en los cuales, por ser las aguas poco corrientes, forman unos depósitos que se cubren de algas y son el foco de gérmenes nocivos á la salud. Se nos dijo en varias ocasiones que á causa de la mala calidad de las aguas, la gente padece de paludismo y una especie de cansancio [el tustús] que de seguro es producido por el *anquilostoma* tan conocido ya en Costa Rica.

Una rama de la agricultura, fuera de toda exageración, la más productiva de Costa Rica, sería, sin duda alguna, la explotación sistemática de la ganadería en el valle de El General. Los pastos naturales son allí abundantes é invaden el suelo por todas partes á despecho de los montes y matorrales.

La industria pecuaria prospera allí admirablemente. Por eso es muy sensible que el Gobierno abandone por completo esta rama de la agricultura, y que no supla, como es debido, la falta de la iniciativa privada. Introduciendo sementales y vacas de buena raza podrían mejorarse las condiciones existentes de la ganadería. Ya se ha hecho un ensayo con un toro de la raza Holstein y se ha visto que las crías en nada desmerecen á las obtenidas por los agricultores de San José, mediante una selección cuidadosa; fomentando la formación de potreros y terrenos de repasto podrían habilitarse esos lugares para el mantenimiento de un número mil veces mayor de animales que el que en la actualidad existe, pues, tan exiguo como es, apenas satisface por el momento las necesidades del consumo local. Los beneficios que obtendría el país en general serían incalculables, hoy que la producción de reses y bestias de trabajo no al-

canza á cubrir las exigencias del consumo y que es necesario introducirlos de Nicaragua y Chiriquí pagando fuertes impuestos.

El atraso en que desgraciadamente se encuentra la industria pecuaria en El General, se extiende también á la agricultura y á otras muchas esferas de la actividad nacional. Los procedimientos agrícolas son todavía más rutinarios que los usados en ciertas zonas del interior, con la agravante de que los cultivos se hacen en tan pequeña escala, que son muy pocos los agricultores que se atreven á sembrar más de una manzana de tabaco ó de caña. El arado casi no se conoce y los únicos instrumentos de labranza más generalizados son el machete, la pala, el cuchillo y el hacha. La vida material, á pesar de la riqueza de un suelo en que todo se produce, es allí difícil y estrecha; los artículos como tejidos y abarrotos alcanzan precios fabulosos, esto cuando se les puede conseguir; por todos partes una ausencia de comodidades tan grande, que uno no puede menos que admirarse de que individuos que habitan relativamente tan cerca de los centros civilizados, se resignen á llevar poco más ó menos la misma vida que los seres primitivos. Cuando se mide con la mirada y el pensamiento la gran extensión de aquellas tierras que están esperando las caricias del arado para mostrar toda su pujanza, cuando se calculan los enormes beneficios que sacaría la Nación con la *mise en valeur* de esta inmensa región que con una emigración sana podría llegar á formar el núcleo de la agricultura nacional, cuando se ven, en fin, los grandes recursos con que la Naturaleza dotó aquellas regiones privilegiadas, se nos viene á la mente preguntar—ahora que se dice en todos los tonos, con alguna razón por lo demás, que Costa Rica no es un país productor,—cómo es posible que nuestros Gobiernos no hayan hecho sentir su poderosa influencia en aquellos lugares concediendo franquicias al que quiera trabajar y alentando en su labor á los habitantes de El General que no necesitan más que el impulso y el ejemplo.

La población actual de El General es una mezcla de toda clase de individuos de procedencias muy diversas, muchos de ellos son de dudoso origen, otros han llegado allí de la Meseta Central para escapar de la acción de la justicia, muchos impelidos por la idea de enriquecerse fácilmente y unos pocos, tres ó cuatro, verdaderos *pionniers* de la civilización, llámanse misioneros ú hombres de acción, han abandonado el sibaritismo que caracteriza nuestra época para perseguir y alcanzar los ideales por ellos sustentados.

No hay entre los vecinos, y posiblemente entre los recién avecindados, unidad de miras; muy al contrario, existen, como en toda comunidad pequeña, odios y desconfianzas, la consabida rencilla lugareña, que imposibilitan y entorpecen el progreso común. Ha sido necesaria la intervención directa de la autoridad del lugar para poner orden en los negocios y hacer que se respete la propiedad. Agréguese á lo anterior el que ésta no tenga un carácter definitivo, pues la poca seguridad en la posesión de la tierra ó la falta de títulos de dominio, estancan las actividades y quitan el estímulo al trabajador. El Gobierno debiera, pues, dictar á la mayor brevedad, todas las medidas conducentes á garantizar á los poseedores actuales la propiedad de los terrenos por ellos cultivados.

Se hace necesario una ley especial que reglamente la adjudicación de los baldíos de esa zona, para prevenir las amargas enseñanzas de la costa atlántica. Es preciso fomentar la inmigración de razas sanas, usando para ello los métodos empleados por naciones como Chile y la Argentina. Se hace indispensable, en fin, construir un camino que salga al mar, circunstancia que permitirá el comercio de cabotaje con las localidades costeñas y la locomoción al interior de los productos de El General por medio de nuestro ferrocarril al Pacífico.

Hacia la realización de esos fines, es como debe enderezarse la acción gubernativa.

DE EL GENERAL A BUENOS AIRES

El viaje se hace, generalmente, en tres días, por una picada construida por el señor Pittier, sobre la base de un antiguo trillo de los indios.

El camino, si lo comparamos al que ya hemos atravesado, es muy bueno y se puede muy bien recorrer á caballo. Al principio es un plano casi perfecto,

que baja insensiblemente hacia la Quebrada Hermosa, sigue luego casi sin inclinación hacia el río General, que ocupa ahora el antiguo lecho de la quebrada dicha, como unos 7 kilómetros de la iglesia. De aquí en adelante el camino cambia completamente: aunque en apariencia plano, en realidad no hay más que puras cuestas. El terreno es allí muy quebrado y lo cruzan una infinidad de quebradillas, dirigidas todas más ó menos de N. E. á S. E., las cuales, como es natural, han formado su pequeña hondonada que es necesario subir y bajar constantemente: del río Peñas Blancas al Cajón, hay por término medio cinco de esas quebradas por kilómetro, lo que nos da un total de 30. Por supuesto, muchas no tienen aguas sino en la estación de las lluvias, y por esa circunstancia, cuando pasamos nosotros había sólo dieciséis con agua corriente.

Aquí vale la pena hacer notar que el terreno que atravesamos es poco menos que desconocido en lo que se refiere á su topografía. En el mapa que se encuentra adjunto al trabajo publicado por el señor Pittier en 1891, están recopilados los últimos conocimientos en la materia, y no obstante eso, hay muchas incorrecciones que aun á simple vista se pueden observar. Y eso es muy natural. La región á que nos referimos, lo mismo que la de El General, jamás ha sido visitada con el objeto de un levantamiento topográfico, siquiera sea aproximado: se conocen únicamente los nombres de los ríos, algunos lugares y el orden en que se suceden, pero hacen falta datos muy importantes para el dibujo completo.

Haciendo, pues, referencia á ese mapa, se puede ver que aun la dirección verdadera es desconocida, esas distancias son del todo inaceptables. Sería de desear que el Gobierno enviara una comisión á esas regiones con el fin de determinar la posición geográfica de los lugares más importantes, y levantar el mapa respectivo, creemos que no hay seguridad ni en la posición de El General, ó quizá en la de los cerros vecinos; el hecho es éste: de El General tomamos algunos rumbos sobre las cumbres más elevadas con ayuda de la brújula, aprovechando luego estos rumbos para fijar la posición de El General, resulta que éste vendría á quedar mucho más al S. O. y en la continuación de la línea que lo une con el Chirripó, pero como al doble de la distancia dibujada actualmente. Algo parecido pasa con las distancias y posiciones de las más importantes.

Desde el punto de vista botánico es esta región una de las más importantes que hemos atravesado. Desde la Quebrada Hermosa hasta la llegada al río Convento, las llanuras, con pequeñas interrupciones, se hallan cubiertas con el conocido *turbara*, y con arbustos de cordoncillo distribuidos casi uniformemente, que dan á esos parajes la apariencia de un parque continuo. La tierra allí en las selvas es bastante húmfera, y los bosques son muy curiosos por el gran parecido que guardan con las zonas templadas. [Norte de Europa y Sur de Chile], por su escasez de yerbas y arbustos: casi limpio está el suelo, y la vegetación, formada de palmeras de altos y delgados estípites y de árboles casi iguales en grueso y altura, bien pudieran servir de modelo de *art nouveau* decorativo. Ninguno de los bosques que habíamos atravesado presenta un conjunto de mayor elegancia.

BUENOS AIRES

La población de Buenos Aires está asentada sobre una extensa llanura de naturaleza arcillosa en la parte alta, sedimentaria en la baja, que mira hacia el río Ceiba, y que por esta circunstancia es la elegida por los habitantes para hacer sus cultivos.

Existe una gran cantidad de gramíneas, que cubriendo la llanura convierten á Buenos Aires en extensísimo potrero. Vagan en ella, libremente, ganados vacunos y caballares, buscando pasto apropiado para su alimentación. Una observación atenta nos dió á entender, sin embargo, que esos pastos no son de muy buena calidad; la sequía en la estación del verano es tan grande que los animales se ven obligados á abandonar el potrero y retirarse á la orilla del río. Algo que se impone, como una imprescindible necesidad, es que la Sociedad

Nacional de Agricultura, ó el Gobierno, mediante su importante iniciativa, impidan definitivamente las *quemadas* en la sabana de Buenos Aires. Allí no se trata de una forma de labor, como sucede en nuestras mesetas del centro: las sabanas no son quemadas para el cultivo sino por el gusto de verlas arder durante las noches de estío, atentado doblemente criminal de aquellas gentes que no comprenden que así demuestran notablemente el suelo, destruyendo con el fuego sus principios fertilizantes y haciendo cada vez más desven ajosas sus condiciones físicas.

El clima de Buenos Aires, por otra parte, es ya bastante ardiente para que sus habitantes persistan en una costumbre que tiende á hacer la temperatura más alta cada día. Esta, que sufre pocas variaciones durante el año, tiene un término medio de 24° [Pittier].

Por las mañanas, casi siempre, la atmósfera aparece cubierta de una especie de neblina, que cede fácilmente al calentar el Sol. Este fenómeno, que se repite todo el año, es producido por una condensación abundante de los vapores y está favorecido por la topografía del lugar y las cercanías de las montañas. El medio día en Buenos Aires es algo insostenible, por no decir infernal: la temperatura se eleva hasta 38 y más grados centígrados y produce á veces en ese aire espejismos muy curiosos y refracciones muy sensibles en los objetos de la superficie del suelo.

La población de Buenos Aires es una mezcla de individuos del interior, de biceítas y de chiricanos. Componen el caserío unos 50 ranchos y algunas casas cubiertas de teja, que están distribuidos en desorden al rededor de la



Iglesia de Buenos Aires

iglesia. Esta, como es natural, es el mejor edificio del pueblo y tiene capacidad para varios centenares de personas.

Los habitantes se dedican principalmente á la agricultura, para lo cual se sirven de los terrenos que se extienden á la orilla del río Ceiba; cultivan de preferencia el tabaco y obtienen, por medio de una elaboración parecida á la de El General, una calidad que en nada le es inferior; siembran la caña de azúcar [blanca y amarilla], y á los ocho meses obtienen sus primicias; hacen el dulce para el consumo diario de todos los vecinos; cultivan el arroz, los frijoles *chiricanos*, los *chimbolos* y las habas blancas y de color, de procedencia

también chiricana; la yuca, por último, es entre ellos un cultivo fácil, porque les da cosecha desde los cinco meses en adelante.

Los bosques de Buenos Aires contienen, si se explotan racionalmente, una riqueza inagotable, en árboles y plantas de todas clases; entre éstas hay algunas que dan fibra, otras que dan madera para construcción, las leñas para el consumo, gomas y resinas para la medicina casera y para la industria, árboles y plantas, en fin, que sirven á diversos usos y necesidades del hombre de aquellas regiones.

POBLACIÓN INDÍGENA DE UJARRÁS

Invitados galantemente por el maestro de escuela de Buenos Aires, pues que también existen apóstoles en aquella parte del país, visitamos uno de los más originales pueblos de indígenas que se han conservado fuera de todo contacto con gente civilizada. Ujarrás es una población colocada en el angosto valle del río Ceiba y al propio pie de la cordillera de Talamanca por el lado que mira al Sur, que nos recuerda por su disposición la de aquellas poblaciones tan estratégicamente dispuestas de que nos habla Vázquez de Coronado en las conquistas de los Contos y Quepos, que según toda probabilidad son los ascendientes de los indios que actualmente se encuentran en aquel lugar. A juzgar por lo que á primera vista parece os creeríais en medio de una selva solitaria; pero á poco que observéis notaréis unos angostísimos trillos que se tomarían por los caminos que van formando las hormigas, si siguiendo su curso no llegaseis á sus viviendas. La existencia de los ranchos está, pues, denunciada por los referidos trillos, que saliendo del camino principal, se internan en el bosque de las riberas del río. Hallaríais al principio unos veinticinco ranchos diseminados en la selva; avanzando un poco más va aumentando su número en



Rancho é indios de Ujarráz

los claros que quedan á uno y otro lado del camino. Esos ranchos tienen todos la forma que se puede ver en la imagen que presentamos. Tienen de 16 á 20 metros cuadrados y apenas pueden dar alojamiento á una familia que no sea muy numerosa; la armazón es de madera redonda y el techo pajizo ó de una palmera abundante en el lugar. La manera de hacer estos techos es muy

particular: sobre un varillaje que descansa en la armazón, se van colocando haces de paja en hileras regulares que luego se prensan y aplastan con una varilla que queda oculta por una segunda hilera. Así sucesivamente van colocando el material hasta dejar el techo con una apariencia completamente lisa é impermeable. Un tabanco que se usa para dormir ó para guardar el producto de las cosechas, una ó más hamacas que se pueden mostrar como modelos de la industria indígena, varios taburetes hechos á cuchillo, uno ó más bancos de cuatro patas y hechos de una sola pieza, tres tinamastes para hacer la lumbre, una tumba [jak] para moler el maíz que ha de servir para hacer la chicha, tal es el mobiliario más completo que podríais encontrar en la casa de un indio de Ujarrás. El puerco [cuchi], el perro [chichi] y la gallina [oscoró] son casi los únicos compañeros del habitante de aquella población. El indio de Ujarrás es relativamente más alto que otro cualquiera de sus congéneres de Costa Rica: encontré uno llamado Juan de la Cruz Uba que medía 1,70 m. de altura y tenía un desarrollo tal del pecho que alcanzaba á 1,1 m. de ancho: era un verdadero gigante. Pero lo más que hubo de llamar mi atención al observar aquella raza, fué la hermosura de las mujeres, su gracia singular, su clara inteligencia y todo un conjunto de detalles que inmediatamente nos traen reminiscencias de todas las cualidades, tanto del orden físico como moral que adornan y embellecen á la mujer costarricense. Nuestra primera visita nos pareció haberles causado desagrado: muchos ranchos se quedaban solos á nuestra llegada; las mujeres corrían á juntarse con sus maridos que estaban en las labores, y las que solían quedarse dentro, ó esquivaban todo trato con nosotros ó bajaban la cabeza en nuestra presencia sin pronunciar una palabra. Poco á poco fueron comprendiendo por las mil preguntas que les hacíamos, que el objeto de nuestra visita era inquirir acerca de sus costumbres y género de vida. La vista de algunas baratijas las tranquilizó por completo, brillaron sus ojos alegremente con la expectativa de nuestras dádivas y muy luego nos regalaron con el plátano maduro [karbí], con chicha y yuca cocida [ashkú], nos mostraron sus cultivos de tabaco, los de frijoles [kani], maíz [ekué] y los objetos de su industria:



Iglesia de Ujarrás

redes [jameth], hamacas [kipú] y lanzas [fkabata]. Su confianza llegó luego hasta permitirse ciertas bromas en nuestra presencia y hacernos ciertas confidencias y preguntas que denotaban, sobre todo entre los niños, un gran espí-

ritu de observación. Los habitantes de Ujarrás descienden directamente de la tribu de los biceitas de Talamanca, cuyo dialecto hablan y con quienes tienen un trato frecuente al través de los portillos de la cordillera. Están en número de 400 y reciben á menudo las visitas del cura de Térraba. La imagen que presentamos es la pequeña ermita de Ujarrás.

DE BUENOS AIRES A TÉRRABA

Después de tres días de permanencia en Buenos Aires salimos para los pueblos de Térraba y Boruca. Sálese de Buenos Aires por el S. E., pasando primero por una extensísima llanura de pastos naturales y que es la continuación de otra llamada del Potrero Cerrado, que queda al N. E. de la población. Esta sabana es la de Las Animas y se atraviesa haciendo un ángulo muy pronunciado por causa de una laguna pantanosa que queda en su parte media. Para atravesarla se tarda más ó menos una hora y media y por el mismo camino tiene muy cerca de 5 kilómetros. Durante la travesía por esta sabana se recogieron semillas de gramíneas, de las que constituyen los pastos naturales, las que tuvimos el gusto de entregar oportunamente á la Secretaría de la Sociedad Nacional de Agricultura. Esta sabana había sido incendiada la noche anterior y continuaba ardiendo en muchos puntos. Después de atravesarla nos internamos en el bosque; al cabo de algún tiempo de caminar por una picada bastante buena y de pendiente ligera, se llega á las orillas del Platanar, por cuyo borde derecho continúa el camino en una longitud de seis kilómetros. Luego pasa á la orilla opuesta y sigue muy cerca de ella hasta la desembocadura del Platanar en el río Grande de Térraba.

En todo ese camino hemos bajado de 351 m. á sólo 149. El río Grande

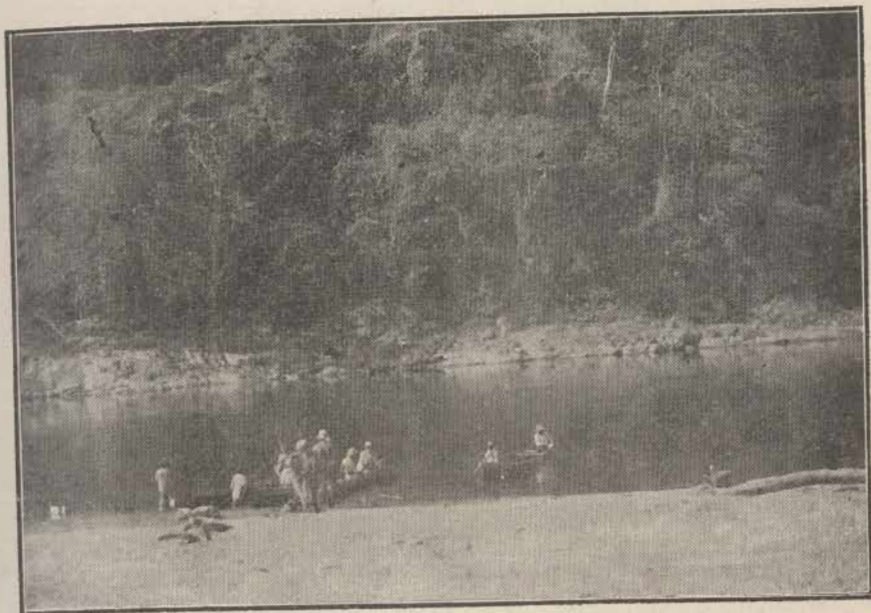


Paso del Río Grande de Térraba, entre lugar y Buenos Aires

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

de Térraba se halla, pues, en el *paso* á 149 m. de altura sobre el nivel del mar, y en este punto ha recogido ya todas las aguas de los afluentes de su cuenca superior. Su anchura aquí es considerable, lo mismo que el caudal de sus aguas; el valle se encuentra encajonado entre dos hileras de colinas que forman sus respectivas pendientes á uno y otro lado de sus riberas. Sin embargo de que la topografía no permite el desplazamiento, el río ha logrado formar, principalmente á la orilla de la izquierda, grandes terraplenes aluviales que están cultivados de plátanos y bananos.

La anchura del cauce es próximamente 120 m. de parte á parte, y aunque algunos se atreven á vadearlo en el verano, cuando las aguas disminuyen, la mayor parte de los pasajeros hacen la travesía en un bote pequeño que maneja un indio de Térraba, pues aseguran los más que en este punto hay muchos caimanes; nosotros, sin embargo, no los vimos, pero sí notamos al través de las aguas la marca que dejan con sus patas en el barro del fondo ó en los arenales de la orilla.

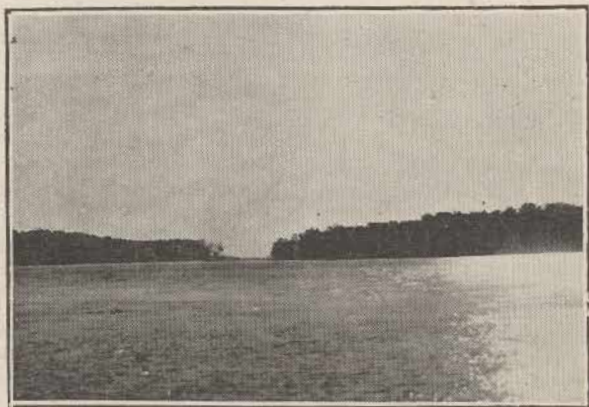


EL LAGARTO. Embarcadero en el Río Grande de Térraba

Desde aquí principia una pendiente que no se interrumpe sino por leves bajaditas, verdaderos descansos naturales para el caminante. En el espacio de una hora se sube lo que se ha bajado, desde Buenos Aires hasta llegar por fin á Térraba [345 m. sobre el nivel del mar]. En Térraba, á donde habíamos llegado hacia el medio día del 4 de febrero, decidimos detenernos hasta el día siguiente, con el objeto de estudiar las costumbres del pueblo, que por cierto son poco importantes, y hacer una estadística aproximada de sus pobladores.

El caserío de Térraba está compuesto de unos cuarenta ranchos diseminados, sin orden ninguno, sobre un terreno ligeramente ondulado, seco y de naturaleza bastante arcillosa. No hay cultivos en los alrededores de las casas, si se

exceptúan los pocos que posee el señor Cura, al lado de la iglesia, formados principalmente de plátanos y de café. En general se puede notar que si las plantas no adquieren allí gran desarrollo, es solamente por la falta de riego, pues las muestras que hemos indicado antes, lo mismo que de las de algodón blanco y moreno de que sacan los indios una excelente mota para sus mantas, parecen casi todas bien desarrolladas en donde el agua de las lluvias ha sido bien repartida. Sucede también aquí lo que antes habíamos apuntado para Buenos Aires; los cultivos han tenido que hacerse á larga distancia de la población en los lugares que son regados fácilmente por el río en épocas de creciente; en el punto llamado Volcán ó en Paso Real, hay cultivos de arroz, frijoles, plátanos, maíz y yucas, que les producen todo el alimento que necesitan. Sin embargo es notable entre estos indios su gran indolencia y su falta de previsión: no trabajan más que medio día, cuando más, pues de esas seis horas hay que deducir las que gastan para trasladarse á los puntos que han elegido



Vista de una de las bocas del Río Grande de Térraba

para sus siembras. La agricultura entre ellos está por esa causa en amentable atraso y sujeta á la rutina consiguiente.

Los cultivos se hacen en muy pequeña escala y pocos son los que tienen más de dos manzanas cultivadas; arreglan el terreno en el mes de febrero para hacer las siembras en marzo ó en abril, á la venida de las lluvias.

La agricultura en Térraba se resiente de la falta de brazos; el número de hombres hábiles para el trabajo es muy exiguo y tiende á disminuir cada día con el total de la población, por causa de la inmoralidad de las costumbres, por la emigración á otros lugares de la orilla del río, como Paso Real, Volcán, etc., y por las enfermedades palúdicas, que son endémicas en Térraba. Estando allí, hemos hecho el recuento de la población, que resultó ser de 185 personas en lugar de 250 que hace unos quince años existían, lo que demuestra una disminución alarmante en un tiempo relativamente corto. El promedio en el número de los individuos que constituyen una familia es solamente de cinco.

Sería de desear que el Supremo Gobierno, con los datos que suministre la oficina demográfica, tomara alguna medida conducente á asegurar el ensanche de la población, ó evitar, por lo menos, su rápido decrecimiento, pues entendemos que las enfermedades endémicas, la escasez de recursos naturales y la falta de cuidados higiénicos para preservarse de aquéllas, es otra cosa que

habrá que tomar en cuenta si se quiere prevenir la total destrucción de una de las tribus indígenas más antiguas de Costa Rica. Hoy mismo ya no ofrece la población de Terraba ninguna originalidad en su composición etnográfica, haciéndose notar solamente los habitantes por su dedicación á la industria del algodón y al tejido de las mantas, que es también peculiar de los borucas.

DE TERRABA Á BORUCA

El trayecto de Terraba á Boruca es corto; se hace muy bien en cuatro horas y tiene una longitud de 9 kilómetros. A la salida del pueblo tenemos que subir lo que bajamos la víspera, al llegar á Terraba. El camino, que tal vez pudiera construirse directamente hasta Boruca, siguiendo el valle del río Grande, se aparta de él considerablemente y remonta la parte terminal de la cordillera costeña. Por una pediente bastante fuerte, que dura cerca de una hora, se llega al alto de Mano de Tigre, así llamado á causa de una impresión hecha en una roca que tiene esa misma forma [654 m.] De allí se sigue por una meseta ligeramente ondulada, cubierta á veces de pastos y á veces de bosque, durante 6 kilómetros. Luego una serie de pequeñas alturas que llaman Alto de la Cuesta del Mojón, Alto de Boruca, etc.; tienen todas ellas una altura parecida: 679—701—692 mts., y desde sus cumbres se ve muy bien Buenos Aires y la gran extensión de las llanuras que la circundan. Más allá, la población indígena de Ujarrás, en el pie de la cordillera y en valle que forma al bajar por sus laderas el río Ceiba. También se ven los ranchos de la otra población indígena, Cabagra, en las faldas de Pico Blanco y á la orilla del río Cabagra. Por último, con rumbo N. y N. E. se destacan con mucha claridad las cumbres del Ujum y del Chirripó, de ordinario tan brumosas y nubladas.

Del alto del Boruca se tiene, por primera vez, el panorama de este precioso pueblo indígena: queda, por decirlo así, á nuestros pies y tiene toda la apariencia de un portal de nacimiento. La vista alcanza, sin embargo, mucho más lejos, hasta el propio Pacífico, distinguiéndose perfectamente hacia el lado Sur algunos puntos de la costa que parecen ser el extremo del Golfo Dulce.

Veinte minutos más y estamos descansando en la oficina del pueblo, gracias á la atención del juez de paz [532 m. sobre el nivel del mar].

El pueblo de Boruca está situado sobre un valle circular bastante ondulado, que no tiene otra salida que la de un canchilón que sirve de cauce á un pequeño río llamado La Quebrada. Como todas las aguas de esta región, las aguas de esta quebrada tienen un sabor muy desagradable y están infestadas además por los restos que allí arrojan los vecinos. Por esta razón algunos de los habitantes, los menos indolentes, prefieren ir á tomarla un poco más lejos, al E. del pueblo. El cauce de esa quebrada, como ya se ha dicho, es bastante profundo; pero lo que más llama la atención es que el río con su fuerza erosiva, ha ido dejando descubiertas algunas rocas de naturaleza basáltica, en que la forma cristalina se ve muy claramente. Desde una de esas rocas, al lado Sur del pueblo, se precipitan las aguas sobre un hueco de 40 mts. de profundidad y forman una preciosa catarata, que es uno de los atractivos mejores que tiene el lugar.

Boruca es el más original entre todos los pueblos indígenas de esa parte del país. Aunque se dedican sus habitantes á la agricultura, casi todos ellos son buenos marineros y muy atrevidos para navegar en los raudales del río. Los cultivos allí principales son el maíz, el arroz, frijoles, plátano y la yuca. Las tierras de cultivo quedan en los puntos de más fácil laboreo y á una distancia considerable para que los cerdos y otros animales no puedan llegar hasta ellos.

Como parte de sus costumbres agrícolas debemos considerar la especial manera que tienen los borucas de pagar el diezmo á su parroquia. Estos indios satisfacen este tributo en la forma de un cultivo común. Cuando se acerca la época de la siembra y se hace necesario preparar los terrenos del Común, el Juez de paz hace una citación general á los vecinos que se trasladan con sus mujeres y sus niños al lugar de los trabajos. Es una cosa curiosa el ver

la diligencia que muestran las mujeres en los trabajos, pues hacen una *tarea* igual, si no mayor, á la de los hombres, diferenciándose solamente en que mientras los hombres empuñan el hacha para cortar los árboles, las mujeres hacen uso del cuchillo para hacer la limpia de los matorrales. Estas faenas concluyen, sin embargo, al medio día, con una enorme borrachera producida con la tradicional chicha de los borucas, y se repite en la misma forma en la época de las cosechas. Los cultivos que de esta manera se hacen, alcanzan una extensión de unas doce manzanas, y contienen, en diversas proporciones, el maíz, el arroz, los plátanos, frijoles, etc., según la cosecha de cada uno de ellos en el año anterior y las necesidades del granero del señor Cura.

El pueblo de los borucas es sin duda el que ha podido conservar por más tiempo y desarrollar de mejor manera su fisonomía de pueblo indígena. Consta de unos cuatrocientos habitantes distribuidos en 70 ranchos pajizos, semejantes por su forma á los que ya hemos descrito para los de Ujarrás, con la sola diferencia de su mayor tamaño, sus divisiones interiores, el ser sus puertas generalmente de madera y el estar cubiertas á veces sus paredes de una mezcla de estiércoles y barro, como imitando el bahareque.

Si el suelo de Boruca no fuera quebrado como lo es y sus ranchos estuvieran dispuestos ordenadamente como en nuestras ciudades españolas; si en lugar de los trillos que van dejando en la sabana, algo así como los caminos que marcan las hormigas de un inmenso hormiguero, tuvieran calles simétricas y alineadas, esa población tal vez no podría ostentar el gran atractivo que tiene para el viajero que por primera vez la contempla desde el alto que domina la hondonada. Alegran más aquel paisaje los montecillos que circundan el valle y una iglesia de construcción moderna que se alza en la colina de mayor altura. Pero lo que da el verdadero sabor indígena á aquel simpático rancharío, es la originalidad de sus costumbres domésticas. Andan sus mujeres vestidas con decencia y pulcritud: una camisa corta que deja libre su falda, y una manta de algodón de colores vivos que se ata á la cintura y que se ajusta á las partes inferiores del cuerpo, tal es la costumbre nacional de los indígenas de esta parte del país. A haberlas visto á la salida de misa en día de fiesta religiosa, para la Concepción ó la Candelaria, en que las indias van vestidas con sus mantas y sus camisas nuevas, su cinturón de algodón tejido primorosamente como las mantas, por las hábiles manos de la madre ó de la abuela, llenas de flores las peinadas cabezas, que dejan caer hacia atrás las dos hermosas trenzas de su larga cabellera, el historiador don Gonzalo Fernández de Oviedo habría tenido para las indias de Boruca la misma exclamación que le



Un rancho en Boruca

arrancó la visita de las nicoyanas en 1529: "Estas mujeres son las más hermosas que yo he visto en aquellas partes."

Menos conservadores de su tradición, los hombres se han libertado de las preocupaciones de su raza y van vestidos de camisa y pantalones.

Los borucas han llegado á un estado intermedio entre el del matrimonio y el del amor libre. Practican generalmente este último por no pagar los cinco colones que percibe el cura por derechos eclesiásticos y viven en amancebamiento hasta el día en que cediendo á sus repetidas instancias, dejan que el cura santifique aquella unión que ya estaba consagrada por el afecto. Es admirable el espíritu de sumisión y la fidelidad de la mujer aun en el estado de amancebamiento. Hemos sido testigos presenciales de una escena doméstica, en que un hombre castigaba bárbaramente á su mujer sin que ésta exhalara una queja ni mucho menos protestara del castigo.



Costumbres de Boruca

Hemos asistido también á una boda en el mismo pueblo de Boruca. Siguiendo la costumbre corriente en el lugar, la fiesta principió desde el día anterior y duró toda la noche para continuarse en el propio día del matrimonio. Después de la ceremonia religiosa siguió el baile al compás de una orquesta que se componía de una especie de violín de procedencia chiricana, una guitarrita pequeña y un tamboril. Bailaban unos hombres con otros y muy rara vez con las mujeres. Entre éstas se distinguían las más viejas, que bailaban la interminable danza indígena, mientras las más jóvenes formaban corrillos en los patios ó atendían al cocido de la merienda, pues sería mirada como cosa inconveniente que una joven estuviera bailando en la misma sala en donde lo está haciendo su madre. Aquí un detalle curioso: á uno de los compañeros se le ocurrió aprovechar el momento de mayor entusiasmo para sacar una instantánea. Disponer la cámara para el caso y suspenderse el baile todo fué uno. La música dejó su sonsonete, los hombres se retiraron murmurando en su propia lengua, mostrando gran descontento. Al inquirir nosotros la causa de tan extraña actitud, se nos dijo que don Enrique (así llaman al señor Pittier) los había retratado muchas veces con la promesa de enviarles el retrato, y que no obstante eso, jamás habían recibido nada. La fiesta continuó en la tarde en la casa del novio, y no habiéndose agotado la provisión de chicha, siguió por dos días más en casa de los padrinos.

Los borucas son indios amables, comunicativos y generosos con el ladino ó (sikúa), especialmente las mujeres se aficionan á él con preferencia al de su misma raza. La mujer es el verdadero tipo del trabajador. Ella va casi todos los días al cultivo á llevar la comida, trabaja en él un rato y vuelve al caer la tarde cargada con la red ó, cuando menos, con el niño de leche á las espaldas.

Son notables entre ellos el aseo de las personas y el de las viviendas, así como el orden que reina en todos los muebles y objetos que constituyen el menaje de la casa. Las mujeres tejen admirablemente las mantas de algodón y las tiñen de colores vivos sacados del múrex (tinte del caracol) y de algunas plantas tintóreas. Tejen también las redes y hamacas, preparan el mastate con que se abrigan en las noches de frío y fabrican armas y lanzas, de que se sirven en la pesca y en la caza. Sus lanzas son de punta metálica ó del tronco de una palmera muy resistente llamada biscoyol, que ensamblan ó amarran en cañas de un metro y medio de longitud.

Los borucas son actualmente cristianos y han perdido por completo las costumbres belicosas que los distinguían en tiempo de la conquista. La Iglesia y el poder civil se hallan allí en íntimo consorcio y nada se hace sin el acuerdo mutuo del cura y del juez de paz. Hay en el alto del cerro de Boruca una cruz de madera que con sus brazos abiertos parece estar recordando á los habitantes que están bajo la férula de los ministros de Jesús. Como es natural, el cura se aloja en una buena casa, mientras que la escuela, que está mirándola de frente, es un rancho miserable. La Iglesia posee algunos ornamentos de época antigua, del tiempo de las misiones españolas y un registro eclesiástico que data de 1804.

DE BORUCA A LA COSTA

Habiendo permanecido tres días en Boruca, decidimos partir hacia el Lagarto, que es un puertecito fluvial sobre el río Grande de Térraba. Yendo hacia el Lagarto el camino es bastante irregular: hay que subir primero una pequeña cuesta y luego descender paulatinamente hasta llegar á él. En el Lagarto se encuentran dos ranchos y sus moradores poseen pequeños cultivos de plátanos y cereales. En este último trayecto hemos gastado algo más de dos horas, según podrá verse en el itinerario de la última etapa de nuestro viaje. El río en este lugar está encajonado en un lecho que parece haber sido formado por él mismo, pues los peñascos que se ven á uno y otro lado, invadidos á veces por el bosque, no tienen una altura considerable.

Nos embarcamos, pues, en dos pequeños botes que se alquilaron en Lagarto para dirigirse al Pozo y de allí á Las Ajuntaderas, en donde nos esperaba el bondadoso agente de policía de Buenos Aires, don José M^a Bermúdez con un bongo que para nosotros había ido á contratar. La travesía por el río se hace con mucha dificultad, debido al gran número de raudales que hay que descender, con peligro de que la barca se rompa y los equipajes se mojen. A veces el raudal es tan rápido, que es preferible bajar á tierra antes de aventurarse en su descenso. En el punto llamado Palmar, el valle del río se ensancha notablemente, permitiendo los cultivos, y encuéntranse unos pocos ranchos habitados por indios de Boruca, dedicados á la pesca. Llegamos al Pozo á las 5 y 45 p. m.; de este lugar en adelante, las mareas se hacen sentir ya, y esta circunstancia permite la navegación en bongos ó botes de gasolina.

El Pozo es la estación más importante en el curso inferior del río Grande de Térraba. El señor don Otto Herzich, con su socio el señor Riotte, han establecido allí cultivos de arroz en grande escala sobre las tierras aluviales de la orilla derecha. Este caballero, que es el prototipo del agricultor alemán, nos recibió con la amabilidad que es habitual en él y nos dió importantes informes sobre los cultivos que tiene establecidos. Sus cultivos, sin embargo, no están exentos de las amenazas del río y de los vientos. Durante los meses de junio y julio, estos últimos suelen destruir los arrozales en lo mejor de su maduración. Respecto de la vecindad del río, que es aquí la vía de comunicación para sacar los productos, el señor Herzich tiene ya una experiencia bastante triste. El

año pasado, durante las grandes crecientes de octubre, el río le destruyó totalmente las cosechas, que él había estimado en 400 quintales, se llevó otros cultivos que tenía hechos en la orilla y su casa estuvo durante algunos días cubierta por las aguas, con gran peligro, por supuesto, hasta de su misma vida. No obstante estos reveses, no se ha desalentado todavía: hoy tiene una máquina trilladora y otra picadora que abrevian considerablemente las operaciones para sacar el grano de la granza. También hay en el mismo lugar muchos cultivos pertenecientes al cura de Térraba, el Presbítero Nieborowski, una máquina de aserrar madera y algunas lanchas para el servicio de transporte por el río y aun por mar, hasta el puerto de Puntarenas.

Como tenemos que llegar esa misma noche á Las Ajuntaderas, nos vemos en el caso, por demás penoso, de rehusar la generosa hospitalidad que nos ofrecen los colonos del Pozo, y después de la comida nos embarcamos de nuevo. Muy cerca de las ocho de la noche llegamos al lugar, que por ser punto de unión de los diversos brazos en que el río se divide en su desembocadura, ha recibido el nombre de Las Juntas Ajuntaderas. Los bosques de los alrededores abundan en maderas finas, y en las selvas se encuentran algunas especies de hule, siendo la más común la llamada *hule macho*. Hay aquí una familia chiricana que posee algunos cultivos de arroz, plátanos y maíz; en los potreros de la orilla del río, invadidos por el zacate turbará, engorda una buena cantidad de ganado vacuno y la cría de cerdos que allí existe es más que regular. La señora posee además algunos botes y el bongo que va á servir para conducirnos á Puntarenas. Aquí permanecemos dos días, y después de los preparativos necesarios para la navegación, partimos de Las Ajuntaderas el día 1º, saliendo por el complicado sistema de las bocas. La vegetación de esta especie de delta es muy pintoresca y exuberante: la componen principalmente los extensísimos manglares, que con sus raíces aéreas van formando otro bosque á flor de agua no menos espeso que el de sus troncos y ramas. Esa manera de reproducirse por medio de sus raíces, les ha valido á los árboles el nombre de *Mangles Gateadores* con que se les designa, porque parece que gatean por encima de las aguas ya un tanto saladas del río.

El mapa de la región que comprende á esta última parte, ha sido levantado por el señor Pittier en una expedición posterior á la de 1891, y está bastante correcta. Sólo notamos unos pocos cambios que muy bien pudieron provenir de las avenidas que anualmente se efectúan. De las seis bocas: Boca Mala, Boca Brava, Chica, Zacate, Guarumal y Sierpe, no hay actualmente más que dos, por las cuales puede salir una embarcación sin peligro de la fuerte marea: Boca Zacate y Boca Chica; pero tanto en una como en otra es necesario esperar la alta marea y salir en el momento en que empieza la vaciante. Desde la boca del río Grande de Térraba hasta el puerto de Las Agujas, en donde desembarcamos, se gastaron poco más de dos días y medio.

Con nuestra llegada á Las Agujas terminó nuestra excursión que había durado 24 días.

He terminado, señores; sólo me resta dar las más expresivas gracias á la Directiva del Ateneo, por haberme brindado la ocasión de dirigiros la palabra, y darlas también á las distinguidas señoras, señoritas y caballeros que han tenido la singular paciencia de escuchar este pobre entretenimiento.

He dicho.

Fotografías de Alberto Rudín

Ensayo sobre Antropotecnia

Conferencia dada por el socio señor ingeniero agrónomo don Enrique Jiménez Núñez.

Señor Presidente, señoras y señores:

Etimológicamente, Antropotecnia sería la técnica del hombre ó el arte que aplicado á la crianza del hombre hiciera de él el sér más perfecto posible desde el punto de vista de sus facultades físicas, intelectuales y morales, y en consecuencia el más útil para sí mismo y para la sociedad en que vive.

Zootecnia es el arte de producir, mediante la selección, el cruzamiento, la alimentación adecuada y la educación, animales los más perfectos y adaptados al objeto á que se les destina y capaces de dar al hombre la mayor suma de beneficios.

Fuera de los espartanos, que como es sabido, sacrificaban sin piedad á todos los seres defectuosos y practicaron de este modo una verdadera selección, que produjo en su raza un admirable perfeccionamiento físico, el arte de la Antropotecnia no ha sido aplicado á la especie humana más que en una de sus dependencias: la que se refiere á la educación. La Antropotecnia como arte de aplicación al mejoramiento de la raza humana no existe pues, todavía, pero en vista de los admirables progresos que hacen cada día las ciencias que al hombre se refieren, podemos esperar que el arte de la Antropotecnia será creado y aplicado en un porvenir no muy remoto. Los resultados que este arte producirá en nuestra especie serán prodigiosos, puesto que no hay razón alguna para creer que los principios que han guiado al hombre en el mejoramiento de las plantas y de los animales no produzcan en nosotros mismos el mismo resultado. Puede ser que las ideas que vengo á exponer en el curso de la presente conferencia, no estén de acuerdo, en muchos puntos, con el sentir de los hombres de ciencia. Pero las expongo con sinceridad, con el deseo de depositar mi grano de arena, mi contribución al edificio del mejoramiento social.

* * *

Importa, en el más alto grado, la creación de hombres sanos, fuertes, de mente y moral elevados, no solamente para la dicha de los individuos mismos y de sus familias, sino también para la de las sociedades. El poder de un pueblo depende de las cualidades de los individuos que lo forman; es la resultante general de las capacidades físicas, mentales y morales de cada uno de sus hijos. Sin descuidar el lado puramente físico, importa, sobre todo, producir hombres elevados espiritualmente, inteligentes, artistas y morales. Creo que de la evolución de este poder espiritual, debe depender sobre todo el porvenir de los pueblos, su engrandecimiento ó su ruina. No me satisface mucho ese progreso puramente material, en donde al lado de las más grandes maravillas de la industria ó del más portentoso desenvolvimiento del comercio, se exhiben las más horribles, las más desgarradoras miserias sociales; en donde al lado de la grandeza deslumbradora de

los acaparadores de capital, arrastran su miseria los que no encuentran en el trabajo el necesario pan cotidiano. Este progreso así es enteramente ficticio y no puede conducir más que á la ruina, á la guerra, á la anarquía. Vivimos todavía, á pesar de nuestra aparente prosperidad, en un estado de inconcebible barbarie. Ese sentimiento universal de los pueblos, que anhelan un estado mejor para las sociedades, que *tienen hambre y sed de justicia*, está diciéndonos muy alto que es necesario que una evolución favorable se produzca, ó las sociedades serán fuertemente conmovidas por su base.

Mientras que en Inglaterra, Francia, Alemania y demás países civilizados mueren moral y físicamente millares de personas por falta del pan para el cuerpo y para el que reclama el espíritu, se invierte la mayor suma de las riquezas públicas en ejércitos, armadas y cañones, y se preparan y se educan las masas para el asesinato y el exterminio. Y nosotros, en este pequeño rincón, que para dicha nuestra ha sido como un puerto abrigado contra las tempestades que han agitado continuamente el suelo de Centro América, llenándolo de sangre y de luto, también queremos entrar por este camino. ¡Cuán más humano sería que en vez de tratar de adquirir un prestigio material que para nada puede servirnos, imitando con esto la barbarie de los otros y siguiendo la corriente de la inmensa estupidez humana, tratáramos de aumentar nuestro poder intelectual y de conservar nuestro ascendiente moral, como lo conserva la Suiza, ese pequeño oasis de civilización en medio de la desolante barbarie de la Europa!

Desgraciadamente, la tendencia actual no es hacia el progreso espiritual sino hacia la materialidad. Estamos como fascinados por los progresos alcanzados por las ciencias, las artes y la industria, de tal modo que hemos perdido la noción de que tales progresos nos han sido dados para un fin muy elevado. El químico que descubre una que otra reacción ó logra efectuar una síntesis en su laboratorio, cree tener autoridad para resolver los más trascendentales problemas de la vida. Estamos deslumbrados por la intensidad de la luz eléctrica y aturdidos con los silbidos de las locomotoras y esto nos impide ver la claridad y percibir las armonías de los planos superiores de la Naturaleza. Yo creo que es necesario que una reacción se produzca. Mucho se ha escrito acerca de la decadencia de la raza latina y de la grandeza y apogeo de las anglo sajonas. En esto hay, en mi sentir, una desviación de criterio y una falta de justicia. La raza latina representa ahora, como antes, el altruismo, la espiritualidad, la fraternidad humana. Puede ser que por algún tiempo nos dominen con los cañones, nos aplasten con las locomotoras ó nos estrujen entre los anillos de hierro de los *trusts*. Pero para nosotros Italia, Francia y España no dejarán por eso de ser los representantes de todas las grandezas del espíritu y de todos los resplandores del arte.

* * *

Antes de entrar en el desarrollo del tema de mi conferencia creo necesario, para la buena inteligencia de lo que me propongo decir, hacer algunas consideraciones.

Todas las especies vivientes, vegetales y animales, que hoy existen, no son hoy lo que fueron antes. Han ido cambiando de forma, de aspecto, de aptitudes, de cualidades. Las especies primitivas eran más toscas, más grandes, menos finas; los animales eran de un aspecto monstruoso, los hom-

bres de nuestra raza—porque antes de la nuestra han existido *otras* en este planeta—eran menos humanos, más salvajes, arrastraban una existencia miserabilísima, viviendo en cuevas, presa de enfermedades, en lucha perpetua con la desencadenada Naturaleza y con sus semejantes. Los primeros hombres, nuestros antecesores, probablemente carecían de la prerrogativa del lenguaje. ¡No hablaban! En los museos de paleontología de todos los países civilizados existen ejemplares auténticos de seres desaparecidos, de las edades que ya pasaron, que son otras tantas páginas de esa historia muda, pero más verídica é irrecusable que ninguna otra, que nos enseña cómo se ha ido desenvolviendo la escala de los seres. En el museo arqueológico de Bruselas existe una lagartija, una iguana, el *Iguanodón de Bernisart*, de tales dimensiones que apenas cabría, por lo alto y por lo largo, en el recinto de esta sala; el inteligente caballo, *la más noble conquista del hombre*, como dijo el sabio Buffon, procede de un tipo prehistórico que le es muy inferior; las aves que hoy se ciernen en el azul del cielo, fueron en un tiempo, repugnantes reptiles. Así como las especies de hoy difieren tanto de las que les dieron origen, así las especies venideras se diferenciarán de las especies actuales, porque nada nos indica que la Naturaleza haya puesto punto final á su obra; sino que, por el contrario, vemos su potencia creadora, siempre viva, siempre nueva, manifestarse por todas partes.

Esta movilidad de las especies vivas, cambiantes sin cesar bajo el impulso de las fuerzas de la Naturaleza se conoce en la ciencia con el nombre de *evolución*. La resultante final de la evolución es el progreso. Es cierto que en casos aislados vemos fenómenos de atavismo, de vuelta hacia atrás, de regresión á los tipos primitivos. Pero ellos son la excepción. La regla es que la evolución es siempre progresiva, hacia adelante, siempre hacia adelante. El torbellino de los seres, salidos de la Unidad Absoluta, es empujado, irresistiblemente, en virtud de la ley de la evolución hacia la misma Unidad, sin que ninguno escape, sin que ninguno pueda quedarse rezagado en esta maravillosa ascensión hacia lo infinito. Este fenómeno portentoso lo expresan poéticamente los filósofos de la India diciendo que después de la expiración de Brahma—ó manifestación universal,—sigue su inspiración. Expiración é inspiración de Brahma, en las cuales se termina el ciclo de una evolución, que terminan, por decirlo así, una vibración completa, una frase completa de la respiración divina, han recibido en el idioma sánscrito, usado por los filósofos de la India, el nombre de Manvántara.

¿Cuáles son las fuerzas que presiden á la evolución de los seres? Tratándose de los seres inferiores la evolución depende únicamente de las fuerzas creadoras de la Naturaleza, las cuales no son otras que el conjunto de agentes que rodean al individuo y que caracterizan el *medio ambiente*. En plantas y animales, la Naturaleza crea incesantemente nuevos tipos, nuevos individuos, cada vez mejor adaptados al medio en que viven. Como consecuencia los seres mejor adaptados sobreviven solamente, en detrimento de los menos bien conformados que perecen. De este modo la Naturaleza opera una verdadera selección, la *selección natural*, que elimina de la reproducción á los mal dotados y no conserva sino los más aptos, los más fuertes. *La supervivencia del más fuerte es, pues, la ley de la evolución de las plantas y de los brutos.*

Cuando en la elección de los reproductores vegetales y animales interviene el hombre, la selección toma el nombre de *selección artificial* y ella

es el medio más eficaz para elevar la perfección de esos seres á alturas á veces verdaderamente prodigiosas. Mientras que el mejoramiento de las especies por selección natural es excesivamente lento—como todos los procesos de la Naturaleza—y abraza períodos larguísimos, seculares, la selección artificial, bien dirigida, produce efectos rapidísimos, portentosos, inesperados. Hoy día estamos bien convencidos de que, hasta la fecha, no hemos hecho más que jugar con la potencia evolutiva de las especies, potencia que puede ser tan grande como cualquiera de los grandes agentes naturales y puede producir efectos tan colosales como los que producen el vapor ó la electricidad. En los campos de la agricultura y de la Zootecnia se sabe, con la mayor de las evidencias, que para asegurar el éxito de las operaciones culturales ó las que se emprendan con los animales domésticos, tienen una influencia incomparablemente mayor las cualidades propias del individuo, transmisibles por herencia á los descendientes, que las condiciones particulares del medio ambiente. Es creencia general, entre las personas que á la agricultura se dedican, que de ahora en adelante se aumentarán los productos de la tierra, no tanto aumentando la potencia de los medios de trabajo ó los agentes fertilizantes, como aumentando, por selección, las aptitudes productoras de las especies. Al lado de las cualidades hereditarias naturales, las adquiridas en virtud de la gimnástica funcional ó de la educación, valen bien poca cosa.

* * *

En la Naturaleza, señores, nada se crea ni se destruye. Los modernos descubrimientos de la radio-actividad de todas las sustancias y de la desintegración de la materia por el disparo incesante de partículas en el espacio en virtud de la energía interatómica, podrán conducir el universo material á la sustancia única de donde provino, pero no á su aniquilamiento. El gran libro abierto de la Naturaleza nos enseña que todo subsiste, pero que todo se transforma, todo evoluciona. Materia y energía asumen cada vez nuevas formas, se manifiestan con otros aspectos, se reencarnan en nuevos seres. Los mismos elementos minerales que formaron la corteza terrestre en remotísimas épocas, han formado tal vez parte del tejido de alguna planta colosal, ó del cuerpo de algún animal monstruoso de las épocas prehistóricas; han pasado después de innumerables transformaciones á formar la nube que flota sobre nuestras cabezas, el ave que se enseorea en el espacio, el insecto de brillantes colores, el cuadrúpedo de los campos, la flor de graciosos contornos y embriagadores perfumes, la mujer que sufre y ama, el artista que sueña, el filósofo que medita y que duda, siempre ansioso en frente de la incógnita del Universo. Pero siempre es la misma materia, sometida al eterno ciclo, á la eterna evolución, al eterno renacimiento. Esta ley del renacimiento, absolutamente necesaria para la evolución de todos los seres, es ley fundamental que preside á todas las manifestaciones del Universo. Lo que se ha dicho de la materia se aplica igualmente á la energía. Todas las formas de energía no son más que modos diversos de movimiento. Unas se transforman en otras, pero siempre, á través de todas sus transformaciones, subsiste la misma cantidad, íntegra, sin que la menor porción sea aniquilada ó desvanecida en el espacio. En esto consiste el gran principio de la conservación de la energía. Circunscribiendo estas consideraciones á

nuestra tierra, sabemos que toda energía que en ella se manifiesta proviene del sol. En la máquina de vapor que trabaja, en la vela que nos ilumina, en la leña que nos calienta, en el caballo que nos transporta ó en el calor que circula por nuestras venas, se hacen ahora sensibles porciones de la energía que bajo forma de trabajo químico irradió el sol sobre la tierra. Pero siempre es la misma energía, sometida al eterno ciclo, al eterno renacimiento. Si el renacimiento es ley general del Universo, si la materia y las fuerzas ciegas del Universo renacen sin cesar, el pensamiento y la voluntad, estas fuerzas más sutiles, más poderosas, más admirables, no pueden sustraerse á la ley general. Ellos constituyen la personalidad, el ego, subsisten después de la muerte y se reencarnan con nuevas apariencias, en nuevos cuerpos, para continuar su marcha hacia adelante, su evolución, que es ley eterna, á la que está sometido todo el Universo.

La doctrina de la reencarnación está hoy comprobada experimentalmente, científicamente. La creencia en la reencarnación, como condición absolutamente necesaria para la evolución de los seres se encuentra expresada claramente por casi todos los grandes filósofos antiguos y modernos y forma la base de todas las grandes religiones, inclusive el Cristianismo, como consta claramente en los Evangelios y en los escritos de los primeros santos padres de la Iglesia Cristiana, principalmente San Pablo, San Clemente de Alejandría y Orígenes.

La exposición de la doctrina de la reencarnación me obliga á decir algunas palabras más acerca de la perfecta individualidad de la parte superior del hombre, del ego espiritual. Está bien demostrado que puede existir pensamiento y conciencia sin cerebro normalmente organizado. El cerebro no es la causa del pensamiento ni de la conciencia. Es simplemente un instrumento, muy imperfecto, mediante el cual nuestra alma se comunica con el mundo exterior. Confundir el cerebro con el pensamiento es como confundir la pluma con el escritor, el piano con el pianista, la paleta y los colores con el artista pintor. Ni aun son necesarios los sentidos y el cerebro para recibir sensaciones ó para producir obras del espíritu. Puede muy bien oírse con los oídos cubiertos y verse con los ojos cerrados. Y las mejores obras del entendimiento pueden ser producidas en el estado de inconciencia cerebral. Esto que estoy diciendo no es fantasía. Son hechos comprobados. De ellos tenemos la prueba experimental, científica, irrecusable, dada por hombres de competencia absoluta. Señores, en esta materia, como en todas, la experiencia directa es el juez absoluto, inapelable. Y en nuestra sociedad tenemos actualmente la oportunidad de poder obtener las pruebas á que me refiero.

Las obras que han sido producidas por la especie humana, de cualquier orden que ellas sean, lo han sido, no por su fuerza física, sino por sus energías psíquicas, por el poder del pensamiento y la fuerza de la voluntad. Los hombres y los pueblos valen lo que valen sus poderes espirituales, al lado de los cuales, poco, muy poco significan sus capacidades físicas. Aun en el lenguaje vulgar—expresando con esto una convicción universal y profunda—decimos: aquél es un pueblo viril, aquélla es una voluntad de acero. Y las personas que se han tomado la pena de estudiar las fuerzas generalmente desconocidas de la Naturaleza y han podido descender un algo el velo que por tanto tiempo nos ha ocultado esta *tierra prometida de la ciencia*, saben lo que significan las fuerzas del pensamiento y de la vo-

luntad, ante las cuales las fuerzas puramente físicas, la del vapor y la electricidad, la del Niágara, la de los huracanes y las tempestades son poca cosa, y mediante las cuales se pueden, según la expresión de Cristo, mover las montañas y dominar todos los poderes de la tierra y hasta los del cielo! Estos poderes psíquicos superiores que caracterizan á la especie humana y nos diferencian de los animales, los cuales, mucho mejor dotados que nosotros desde el punto de vista de la fuerza ó de las aptitudes físicas, á la carrera, al vuelo, á la percepción por medio de sentidos en ellos más desarrollados, no han podido producir obra alguna fuera de las que, desde épocas seculares, les señala su instinto. Pues bien, esta fuerza, esta energía superior más sutil, más poderosa que todo lo que en el orden físico conocemos, sería la única excepción en la Naturaleza, siempre viva, siempre renaciente, siempre vibrante, siempre empujada hacia adelante por la ley de la eterna evolución, pues estaría condenada por el más extraño y tremendo de los milagros al aniquilamiento completo después de la muerte, según el concepto materialista, ó á la evolución, *de un salto*, hacia la muerte eterna ó hacia la perfección suma, según la enseñanza de las iglesias oficiales.

He tenido que entrar en estas consideraciones, porque la naturaleza de mi tesis así lo exige. Siendo la constitución del hombre á la vez material y espiritual, es necesario, al tratar de Antropotecnia, tener en cuenta su doble naturaleza. Parece, después de lo dicho, evidente que el mejoramiento de su parte inferior estará sometido á las mismas leyes que presiden al desarrollo de los animales y de las plantas, mientras que la evolución de su ser espiritual, preexistente al cuerpo material, caracterizado por particularidades que le son propias, individuales, debe obedecer á otras leyes distintas de las primeras. Pero si la evolución del ser superior del hombre depende del libre ejercicio de la voluntad, ésta puede ser afectada más ó menos enérgicamente según los caracteres particulares del organismo que le sirve de vehículo para manifestarse en el mundo exterior, favorablemente si el organismo es sano, desfavorablemente en el caso contrario. *Mens sana in corpore sano*. Desde este punto de vista, la evolución espiritual del hombre entra también en el dominio de la antropotecnia.



El agente más poderoso para el mejoramiento de todos los seres vivos es la elección, para la propagación de la especie, de los mejores reproductores, ó sea la *selección*. La selección tiene su fundamento en la *ley de la herencia*, en virtud de la cual los reproductores transmiten á sus descendientes, con más ó menos certeza, sus caracteres propios. La razón de ser de la herencia reside en el hecho de que las células ó gérmenes que forman el nuevo ser y proceden de su progenitor, son *idénticas* en ambos y proliferan del mismo modo. La herencia no es, pues, más que un fenómeno de proliferación celular. La herencia permite fijar en la especie las *variaciones* que sin cesar produce la *potencia creadora* de la Naturaleza. Selectar ó seleccionar es, pues, aprovechar, con un fin determinado, y mediante el poder de la herencia, la potencia creadora de la Naturaleza. Es evidente que, tratándose del hombre, podríamos regular, por selección, su perfeccionamiento físico con una exactitud, por decirlo así, matemática, mientras que su evolución espiritual dependerá sobre todo de sus esfuerzos individuales, de las

energías de su voluntad. Estas energías comienzan á desarrollarse en el hogar doméstico, que es como la escuela, donde las almas que se encarnan vienen á aprender, si tienen para ello la fuerza necesaria.

Si desde el punto de vista anatómico—fisiológico, ó puramente materialista, la ley de la herencia está absolutamente demostrada, desde el punto de vista espiritualista debe considerarse de qué modo el ser mental y moral de los padres puede influir en las cualidades psíquicas de sus descendientes. Admitido el hecho de la reencarnación de las almas, puede suponerse que las de los que fueron hombres superiores buscarán, para reencarnarse, las familias que se les parezcan, que les sean afines en cuanto á ideas, sentimientos y tendencias, que puedan prestarles el contingente de un organismo apropiado al desarrollo y evolución de sus energías latentes. El hecho de que un hombre muera no cambia en nada su naturaleza; continúa, después de la muerte, siendo el mismo que fué durante su vida, en el mundo fenomenal; la muerte no hará al ser desencarnado ni más sabio, ni más moral, ni cambiará sus gustos y sus tendencias. Y así como los hombres superiores buscan siempre la sociedad con los que les son semejantes, así el alma superior tratará de entrar á la existencia material ocupando un organismo producido por progenitores también superiores. La ley de la herencia tiene, de este modo, una explicación satisfactoria, desde el punto de vista material, en la proliferación celular, y desde el punto de vista del alma en la afinidad ó simpatía de los que son semejantes. Estas consideraciones explican el por qué existen á veces grandes semejanzas, no solamente físicas sino también mentales y morales, entre los padres y sus hijos. Vemos con frecuencia familias enteras de artistas, de pensadores, de sabios. Ciertas virtudes son, á menudo, características en ciertas familias, y los criminalólogos han podido comprobar con sus estadísticas que las tendencias al vicio ó al crimen pueden también perpetuarse en las familias al través de muchas generaciones. No hay exageración ó falsedad alguna en afirmar que somos como el producto ó la resultante de las particularidades que distinguen á nuestros progenitores. De ellos recibimos por herencia puramente material todos los caracteres físicos de su propio organismo, como son el color, la estatura, el timbre de la voz, la manera de andar y las particularidades cerebrales que dentro de ciertos límites pueden tener alguna influencia en las cualidades y tendencias de nuestro ser espiritual. De ellos también recibimos en virtud de ese otro fenómeno que llamaremos *simpatía de las almas*, la herencia espiritual, de la que dependerán sobre todo los caracteres de la nuestra. De este modo es que en virtud de la herencia material todos los hermanos se parecen más ó menos unos á otros, mientras que pueden presentar, en cuanto á lo espiritual, notables diferencias. Un hombre superior y una mujer espiritual pueden producir hijos de caracteres muy diferentes, según sean las condiciones en que se encuentren cuando los procrean. Un matrimonio de personas toscas ó incultas puede procrear hijos muy superiores á ellos, si tienen la buena voluntad ó el buen deseo de producir un mejoramiento en su raza, capaz de hacer descender hacia ellos á almas generosas de entre las miríadas que pueblan los planos superiores de la Naturaleza.

Entendido ya de un modo claro y bien preciso lo que entendemos por herencia, veamos ahora de qué modo este conocimiento puede tener aplicación al mejoramiento de los seres humanos.

El principio de la selección de los mejores reproductores que aplicado á la crianza de animales ó á la producción de plantas ha producido en ellos un rápido perfeccionamiento, produciría el mismo efecto si se aplicara á la especie humana. Desgraciadamente, nada, ó casi nada se ha hecho en este sentido y la principal causa de este extraño fenómeno es la importancia exagerada que como agente de perfeccionamiento de la especie se le ha dado á la educación.

Es un hecho verdaderamente digno de llamar la atención el que cuando tratamos de dedicarnos á alguna especulación con animales domésticos, ponemos todo nuestro empeño, gastamos todas nuestras energías y nuestros capitales en adquirir los mejores reproductores, selectos, que posean en el más alto grado posible las cualidades que son objeto de nuestra especulación. En los países civilizados, para garantizar á los que se dedican á la crianza de animales la pureza de raza y las cualidades de los reproductores, los Estados han establecido verdaderos libros genealógicos donde se inscriben la descendencia y particularidades que les caracterizan, lo que llaman el *pedigree*. Solamente tratándose de nosotros mismos, del porvenir de nuestros hijos, del de nuestra familia, del de nuestra patria, del de nuestra raza, procedemos en todo con el más inconcebible descuido, con la más incomprendible ignorancia. En las uniones entre seres racionales, cosa extraordinaria, pocas veces preside la razón. En estas uniones preside generalmente el amor ciego, el capricho, el interés y aun la sensualidad y el vicio. Cuando tenemos la fortuna de conocer que proyectamos una unión inconveniente, fiamos, más de lo que debiéramos, en la influencia posible de la educación, influencia que, desgraciadamente, pocas veces deja sentir su efecto. ¡Cuántas niñas enamoradas de hombres viciosos ó de mala raza, desoyen la voz de su razón y los consejos de sus padres, confiando ellas poder educar, en la intimidad del hogar, al que es objeto de su cariño! El resultado es que tal educación casi nunca tiene lugar. El hombre vicioso ó malo se mostrará casi siempre tal como es, obedecerá ciegamente á sus impulsos y sus caracteres tendrán que perpetuarse en sus hijos con mayor ó menor intensidad. Podría creerse que el contraer matrimonio con quien uno lo desea, aunque este matrimonio sea inconveniente, es un derecho natural del hombre ó de la mujer. Yo no creo esto. Al lado de este derecho está el derecho que tienen los hijos de no nacer con tendencias ó particularidades que puedan perjudicarles física ó espiritualmente. Conozco mujeres virtuosas y tiernas, incapaces de hacer el más leve mal á ninguno de sus semejantes, que han visto con dolor reflejarse en sus inocentes hijos los vicios ó las enfermedades á veces irremediables de sus padres.

Si aspiramos á constituir una familia sana, robusta, fuerte, elevada en espíritu, debemos prestar á esta cuestión de la elección de compañero y compañera, la atención que ella merece. No pudiendo aplicar al hombre la selección que se aplica á los animales, se sigue que el hombre debe *selectarse á sí mismo*, haciendo que á su unión presida la razón y el deber, no la pasión ciega, que debe sacrificarse si fuere necesario. Hay que estudiar los caracteres, las virtudes ó los vicios de las familias con quienes tratamos de unirnos, con un criterio sereno, antropotécnico, no perdiendo de vista un solo momento los deberes que tenemos para con los que serán nuestros hijos. Los imposibilitados, los enfermos, los viciosos, los que tienen alguna mácula capaz de afectar á los hijos, deberían voluntariamente renunciar al matrimonio.

Solamente con esta selección voluntaria, con este sacrificio voluntario de uno mismo, lograrían las sociedades alcanzar rápidamente un alto grado de perfeccionamiento. Ya lo dijo uno de los grandes Maestros de Sabiduría con estas palabras: *Si la ley de la supervivencia del mejor dotado es la ley de la evolución del bruto, la ley del sacrificio voluntario de uno mismo es la ley de la evolución del hombre.*



El segundo de los principios de Antropotecnia sobre el que quiero llamar vuestra atención se refiere al estado actual de los progenitores en el acto de la procreación de los hijos. Espero de vuestra elevada cultura que me escucharéis con benevolencia.

Así como la fotografía puede decirse que inmoviliza el tiempo, fijando en la placa sensible las particularidades que poseemos en un momento dado de nuestra existencia, así también los hijos inmovilizan un instante preciso de la existencia de sus padres; son la fotografía más ó menos perfecta de todas las particularidades físicas, mentales y morales de sus padres cuando éstos los llaman á la existencia. Este hecho está comprobado, fuera de toda duda, por una observación secular. Los seres traídos á la existencia por progenitores en estado de enfermedad, de embriaguez, con preocupaciones, tristezas, etc., presentan siempre marcas indelebles, visibles muchas veces, que representan aquellos estados. Gran número de idiotas, epilépticos, neuróticos, histéricos, deben su triste condición á la ignorancia de sus padres de la trascendencia tremenda de este principio de Antropotecnia. No quiero citar hechos concretos. De ellos están llenos todos los libros que se ocupan de la higiene del matrimonio. El estado de embriaguez es, entre todos, el de más funestas consecuencias para el porvenir de los hijos, para el de las familias y para el de las sociedades. Engendrar hijos en estado de ebriedad es el más inicuo de todos los crímenes, puesto que va dirigido contra lo que más debiéramos amar, contra lo que más debiéramos respetar, contra nuestros inocentes hijos, ser de nuestro ser, vida de nuestra vida; es quebrantar desde el primer instante la voluntad divina, que al darnos los hijos nos da la sagrada misión de conducirles y ayudarles en la obra de su perfeccionamiento; es manchar alevosamente una existencia tal vez destinada á alumbrar con los más brillantes resplandores del espíritu. El alcoholismo en los padres produce en los hijos, además de máculas ó estigmas infamantes, la insensibilidad moral, y por esto debe ser considerado como el más tremendo, como el más infame de los crímenes contra la Naturaleza.

Señores, desgraciadamente para nuestro país, la generación de hijos en estado de ebriedad es un hecho frecuente, mucho más frecuente de lo que á primera vista parece. En los pueblos todas las bodas se celebran con alcohol y es frecuente que los esposos se alcoholicen en ese día. ¡Cuántos hijos no son llamados á la existencia después de un baile ó de un espectáculo en el que á la excitación allí recibida se añade la del alcohol! Este es, á mi juicio, uno de los más graves males que pueden sobrevenir á las familias, una de las principales causas de la degeneración que minan por su propia base nuestra sociedad. Pero no basta, para procrear hijos vigorosos y sanos de espíritu y de cuerpo, que los progenitores se encuentren gozando de la plenitud de sus facultades físicas, mentales y morales. Debemos tener en cuenta que los padres que dan vida á un hijo son colaboradores de las fuerzas

directoras del Universo en la obra trascendente de la reencarnación de una alma. Y esta alma podrá ser más ó menos elevada ó inferior, según sean las disposiciones que se tomen para recibirla. Para materializar mi idea figuraos que dos de vosotros sois los esposos y que estáis en vuestra casa dispuestos á recibir la visita de uno de los numerosos personajes que por miles de oleadas pasan cerca de vosotros. Es claro que si vuestra educación es esmerada, si vuestros sentimientos son elevados, si vuestros gustos son altamente artísticos, si vuestra intención es intensamente moral, lograréis que os visite, en virtud de la ley de la simpatía, uno de los personajes más conspicuos, el cual os desdeñaría si vuestras disposiciones fueran menos favorables. Esta preparación con una voluntad intensa de atraer para vuestro hijo un espíritu superior es, á mi juicio, una regla de Antropotecnia espiritual de la mayor trascendencia. Debemos, pues, prepararnos para el acto de la procreación de los hijos, física y espiritualmente. En este acto, el más trascendental de nuestra vida, puesto que no solamente nos afecta directamente sino que de él depende la suerte de otros, debemos poner todas nuestras energías, á fin de realizarlo en las mejores condiciones. Es necesario que ni la digestión, ni los pesares, ni las preocupaciones de la familia ó las de los negocios y mucho menos las enfermedades ó la embriaguez vengan á nublar la lucidez ó á menoscabar la integridad de facultades del que se dispone á dar una parte de su vida á un ser desconocido, á un hermano, á una conciencia libre que viene de las regiones de lo desconocido á contiunar su carrera por la vida, á proseguir la marcha ascendente que ha de conducirle algún día al seno del infinito. La trascendencia suma del acto de la procreación debe hacerle considerar como un verdadero acto religioso y en esto la procreación del hombre debe diferenciarse de la de los brutos.



En tercer lugar debemos considerar las medidas de Antropotecnia legislativa que el Estado podría tomar, como representante y guarían de los intereses sociales. Estas medidas tendrían por objeto la defensa de los derechos de los niños contra los abusos debidos á la ignorancia ó la falta de sentimientos humanitarios de los padres, y la defensa de los intereses trascendentales de la raza.

El objeto de estas medidas sería obstaculizar el matrimonio á las personas que no tienen capacidad para contraerlo y prohibir en absoluto las uniones consanguíneas entre parientes muy cercanos. En mi concepto deberían ser consideradas como incapacitadas para el matrimonio todas las personas atacadas de enfermedades infecciosas directamente transmisibles á los hijos, ó las que de algún modo disminuyan su resistencia vital; tales serían: los leprosos, tuberculosos, epilépticos, sifilíticos, locos; los atacados de alcoholismo crónico y de psicopatías que producen la inconciencia y conducen al crimen. Debería prohibirse el matrimonio entre personas demasiado jóvenes ó demasiado viejas y los matrimonios consanguíneos entre parientes muy cercanos. Se me objetará que tales medidas serían un atentado contra los más sagrados derechos del hombre y de la mujer. A esto contesto que nuestro derecho termina donde comienza el derecho de los demás y que antes que los derechos del individuo están los derechos de la sociedad. El derecho de reproducirse de los padres termina donde comienza el de los hi-

jos de ser llamados, en condiciones normales, á la existencia. ¿Quién podría negar á la sociedad el derecho de defender á un niño contra las crueldades de un padre que lo maltrata ó le quita la vida? Pues si tal derecho tiene para con los niños nacidos, igual derecho le asiste para protegerlos antes de nacer contra daños que pueden ser más graves que el maltrato ó la muerte. Tan inhumano pareceme causar directamente sufrimientos á cualquiera de nuestros semejantes como procrear, á sabiendas, seres destinados á sufrir las consecuencias de las enfermedades ó de los vicios, que les llenarán de amarguras la existencia ó los conducirán á la desesperación ó al crimen. En Colombia, por ejemplo, se permite el matrimonio entre leprosos, á los cuales se estima, con un sentimiento de cristianismo mal entendido, como poseedores de antemano del reino de los cielos. El resultado es que en ese país hay unos cien mil leprosos y que el terrible mal invade rápidamente la parte todavía sana de aquella sociedad. El asunto de la procreación de individuos sanos, fuertes, perfectos, es el más trascendente entre todos los que interesan las sociedades y cuando se trata de asegurar este resultado debiéramos poner todos los medios conducentes, dejando á un lado todo sentimentalismo. ¿No exige el Estado á sus hijos el sacrificio de la vida, cuando se trata de defender algún interés común, á veces sin importancia, como sería la violación de un tratado, la ofensa á un diplomático ó á una bandera, ó la posesión de un pedazo más ó menos de territorio? Creo que valen más los grandes intereses de las razas, la conservación de su integridad mental y física, de que dependen la dicha de los individuos y la de las familias, la cual podría asegurarse mediante sencillas medidas de Antropotecnia legislativa, que los intereses, fútiles las más de las veces, en defensa de los cuales los conductores de sociedades lanzan á las masas al asesinato, en esos llamados campos de honor, que no son sino verdaderos campos de infamia. ¿No leemos que los griegos, esos primeros maestros de Antropotecnia en la antigüedad, sacrificaban á todos los seres defectuosos, logrando así conducir su raza á un grado de perfección física no superado aún por ningún pueblo de la tierra? ¿Y no oímos á cada paso abogar por el pretendido derecho de dar la muerte á los que sufren sin esperanza de alivio? No pretendo defender tales extremos, pero creo que el principio de la buena selección humana llegará poco á poco á vencer inveteradas preocupaciones y á producir los más espléndidos resultados en el porvenir. Esta es mi convicción profunda. Se me ha objetado que son inútiles estas medidas legislativas, atentatorias contra la libertad individual, puesto que la Naturaleza se encarga de producir una implacable selección de los seres, sacrificando sin misericordia á los débiles, los enfermos y los mal conformados. Así por ejemplo: los hijos de sifilíticos mueren ó antes ó poco después de nacer; los de tuberculosos son débiles y mueren con frecuencia prematuramente; la fecundidad se extingue entre libertinos y dipsómanos. A esto debe contestarse que justamente esta enseñanza de la Naturaleza debiera ser nuestra norma de conducta y debería alentarnos en la aplicación práctica de estos principios. La verdad es que, desgraciadamente, lejos de seguir la ley de la Naturaleza, la contrariamos, conservando artificialmente todo lo que habría sucumbido bajo su sola influencia. "Construir muchos hospitales, asilos de locos, idiotas ó incurables, ó casas de corrección, es sin duda muy bella cosa, que habla muy alto del progreso y del desarrollo de los sentimientos humanos, pero que no se olvide que al ocuparnos exclusivamente de las ruinas humanas,

producto de los abusos sociales; se gastan y se consumen poco á poco las fuerzas de la porción sana y trabajadora de la población. Atacando el mal por su raíz y preparando un término á la procreación de degenerados de alma y cuerpo, se hace una obra humanitaria, mucho mejor y más hermosa, aunque ella salte menos á la vista ó impresione menos á la muchedumbre". (1)

El mejor modo de obstaculizar el matrimonio á las personas que no deben contraerlo, lo mismo que de impedir las uniones entre parientes muy cercanos, las cuales, además de la depresión que naturalmente producen en la vitalidad de los descendientes, se prestan de un modo particular á la propagación é intensificación de máculas, enfermedades ó causas de degeneración que pueden existir en las familias y que son por desgracia permitidas y sancionadas por las autoridades eclesiásticas, mediante la dispensa pecuniaria, sería el establecimiento en toda forma del matrimonio civil, tal como está establecido en todos los países civilizados. Que el Estado no considere como casados sino á los que han celebrado su contrato ante el funcionario público. Este acto debería ser obligatorio y previo á la celebración de cualquier matrimonio religioso. De este modo el Estado podría legislar acerca de las capacidades necesarias para el matrimonio, y los intereses de la sociedad quedarían asegurados, sin menoscabo para las creencias religiosas de los ciudadanos.



El cuarto punto de Antropotecnia sobre el que quiero llamar vuestra atención, se refiere á la alimentación adecuada, sana y abundante de los niños durante su tierna infancia. La alimentación copiosa y abundante durante la primera edad es de la mayor importancia para la salud y el vigor futuros del individuo. Durante la tierna infancia el organismo es más suave, más plástico, más susceptible de recibir cualquier impresión, de ser modelado para adquirir un carácter determinado. Por eso es que la educación no tiene eficacia si no se comienza en la tierna edad. Todos vosotros sabéis que á los árboles tiernos pueden imponérseles formas que no afectarían los árboles viejos. Los niños sometidos, en manos de acróbatas, á ejercicios diarios y metódicos, llegan á poder ejecutar movimientos absolutamente imposibles para un adulto no sometido á tales ejercicios desde su infancia. La destreza de los grandes artistas músicos no se adquiere si no se comienza á ejercitar desde la tierna edad. Por esto las escuelas ó conservatorios donde se forman artistas, no reciben más que alumnos jóvenes. En todo, el primer período de la vida es decisivo. Para tener una digestión perfecta y un poder de asimilación poderoso, importa mucho nutrirse copiosamente y bien durante la primera edad.

Las funciones de la nutrición, ejercidas normalmente y con intensidad durante la tierna infancia, fortifican los órganos, hacen más intensa la asimilación y como consecuencia imprimen un vigoroso impulso á la vitalidad del individuo. Un niño bien nutrido durante su infancia será siempre fuerte, aunque su alimentación sea defectuosa después; podrá resistir mejor á las enfermedades, á las fatigas, á las privaciones; está bien armado para la lucha por la existencia. El niño mal nutrido durante su tierna infancia será siem-

(1) *La Question Sexuelle*, por Augusto Forel, antiguo profesor de Psiquiatría en la Universidad de Zurich.

pre raquítico, desmedrado, triste, expuesto á enfermedades y á la muerte por la más leve causa. Cualquier trastorno en las funciones digestivas de un niño de tierna edad producirá una disminución de su resistencia vital que podrá percibirse durante toda su vida. En las plantas y los animales sucede lo mismo. Las enfermedades criptogámicas ó los parásitos no atacan sino á las plantas débiles ó á los animales raquíticos. Los plantadores de café saben que las plantas que en los almacigos no se desarrollaron con vigor, no producen jamás buenos árboles de café, aunque después se coloquen en buen terreno. Todos han podido observar que los terneros de las lecherías, ó se mueren ó son siempre pequeños, raquíticos y tristes, porque no se les alimenta convenientemente; mientras que los que se crían con sus madres en los campos son siempre fuertes, robustos y alegres. No hay, pues, ninguna inexactitud al afirmar que el vigor físico, la resistencia vital, la energía y la aptitud al trabajo de los individuos, y como consecuencia, también la de los pueblos, dependen en gran parte de la buena alimentación, sana apropiada y abundante de los niños durante su tierna infancia. La cuestión, de la buena nutrición de los niños es un problema del más alto interés social. De él dependen el aumento de la población y el engrandecimiento de la nación. No hay país en el mundo donde se consagren más cuidados á los niños que el Japón, y no hay país donde la mortalidad infantil sea menor. Esto explica el aumento rapidísimo de población y el prodigioso desenvolvimiento con que está asombrando al mundo el imperio del Sol Naciente.

En Costa Rica la cuestión de la higiene infantil, sobre todo en lo que se refiere á su buena nutrición, está absolutamente descuidada. Estamos en esta materia en un estado lamentable de atraso. Los poderes públicos, que se ocupan de cosas más ó menos fútiles, del ornato de las poblaciones donde faltan las más esenciales condiciones de vida, como son el aire y el agua puros, que gastan enormes sumas en el desarrollo de un poder militar que no necesitamos, ó en el sostenimiento de gran número de empleados parásitos, que de nada sirven, etc. etc., no se han preocupado nunca de este problema primordial, el más importante de todos los que pueden interesar á la Nación: la conservación de la vida de los niños, que representan la fuerza, la vida, la riqueza, la esperanza para el porvenir. En el año que acaba de transcurrir murieron seis mil niños en Costa Rica. La mortalidad ascendió á 20 por mil. Estos niños murieron en su mayor parte de lombrices, de cólera infantil y de miseria fisiológica... de hambre. Muchas mujeres, casi la mayor parte mal nutridas, no pueden amamantar á sus hijos. No teniendo leche de vaca con qué suplir esta deficiencia, dan á sus niños alimentos inadecuados que les causan la muerte en su mayor parte. Si alguno sobrevive es débil, raquítico y con pocas condiciones para la vida. El cólera infantil y las lombrices hacen sus estragos sobre todo en los niños mal nutridos. De modo que la mortalidad de niños en Costa Rica tiene por causa principal la falta de leche materna ó en su defecto la falta de buena leche de vaca. La disminución de la mortalidad infantil envuelve, pues, un problema á la vez higiénico y agrícola, cuyo principal factor es la producción de mucha, buena y barata leche de vacas. Este desiderátum no puede realizarse sino mediante el cultivo de prados y plantas forrajeras en grandes cantidades y de acuerdo con las mejores prácticas agrícolas. Esta evolución se está llevando á cabo, no sin grandes tropiezos y de la oposición y críticas de muchos, por nuestra Sociedad Nacional de Agricultura.

En cuanto á la leche de que puede disponerse en nuestro país, es de calidad muy variable: la de los campos, cuando procede de vacas gordas y jóvenes, es generalmente buena. La tuberculosis—que es el gran peligro á que nos expone la leche cuando el Estado no supervigila la producción de este importantísimo elemento de higiene pública—se desarrolla principalmente en las vacas viejas y de grande aptitud lechera, sobre todo si están mal nutridas. La leche que producen las lecherías de las ciudades es, para mí, de calidad dudosa. He visto en esas lecherías muchas vacas viejas, flacas, llenas de garrapatas. La explotación intensiva de la leche y la permanencia en locales donde la limpieza deja mucho que desear, exponen esas vacas al peligro de la tuberculosis. En esas lecherías hay, con toda seguridad, muchas vacas tuberculosas, que son un peligro inminente, tremendo, para los consumidores. El viejo doctor Behering sostiene actualmente, después de tantas y tantas controversias sobre la etiología de esta terrible enfermedad, que la tuberculosis no se trasmite por el esputo pulverizado en el aire, sino por la vía estomacal, por la leche de vacas tuberculosas principalmente, y por alimentos infectados con bacilos de tuberculosis. En cuanto á la leche que expenden los lecheros, eso no es leche sino verdadero veneno. Es de absoluta necesidad que se dicten medidas conducentes á mejorar la calidad de la leche. De otro modo no lograremos hacer bajar de un modo sensible nuestra gran mortalidad de niños. La principal de estas medidas es, en mi concepto, el examen por medio de la *tuberculina* del estado de salud de las vacas lecheras. La tuberculina es una sustancia que, inyectada por medio de una jeringa hipodérmica, bajo la piel de una vaca, produce en ella una reacción febril si está tuberculosa, ó no produce efecto alguno si está sana. La tuberculinación de las vacas lecheras es, desde hace muchísimo tiempo, una prescripción de todos los reglamentos de policía de higiene en todos los países civilizados. Las demás medidas que podrían adoptarse son todas referentes al aseo y al modo de conducir la leche del lugar de producción al de consumo.

El alimento natural del niño es la leche materna. Este alimento es, cuando la madre es sana, ideal, perfecto. No hay alimento alguno que pueda reemplazarle. El niño al cual le falta, puede decirse que está en el lindero de la muerte. La madre que voluntariamente niega el seno á su hijo, comete un crimen contra la Naturaleza y no merece el nombre de madre! La herencia que de nuestras madres recibimos, la recibimos por la la sangre primero, por la leche después.

Desgraciadamente muchas mujeres no pueden amamantar á sus hijos, á causa de enfermedad, la tuberculosis por ejemplo, por falta de nutrición ó porque carecen de la aptitud de dar leche en abundancia. Este defecto es muy frecuente en nuestro país. En este caso es necesario alimentar al niño con leche de vaca sana, joven y en buen estado de nutrición. Desgraciadamente los niños toleran mal la leche de vaca, la cual les produce á veces los más graves desórdenes gástricos. La causa de este fenómeno es que la leche de mujer difiere de la de vaca, no solamente en cuanto á su composición química, sino también en cuanto á su naturaleza ó textura puramente física.

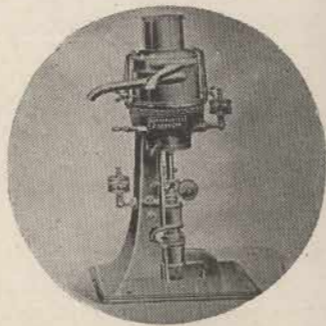
La composición química de la leche de vaca y la de mujer, es la siguiente:

Materia

	Caseína	Grasas	Azúcar de leche
Leche de vacas (término medio de muchas vacas)..	3½ á 5 %	3 á 4½ %	3½ á 5 %
Leche de mujer.....	1,5	3 %	6 próximamente

La leche de vaca es, pues, dos veces más rica en caseína y mitad menos rica en azúcar que la leche de mujer. Contiene, además, más materias minerales. Además, la leche de vaca, bajo la influencia de los jugos del estómago se coagula en *grumos muy densos* que el estómago demasiado débil del niño, no logra asimilar, mientras que la leche de mujer forma grumos *extremadamente finos* y fáciles de digerir.

Después de numerosos ensayos hechos para dar á la leche de vaca una composición y naturaleza física idéntica á la de la leche de mujer, el problema fué resuelto por el Doctor Gustavo Gaertner, profesor de la Facultad de medicina de Viena. El principio del procedimiento del Doctor Gaertner consiste en separar de la leche *las partes más finas, junto con la crema* y añadir al producto así obtenido agua y azúcar en proporciones convenientes. Este resultado se obtiene hoy industrialmente por medio de los separadores de fuerza centrífuga empleados en las lecherías, y en el hogar doméstico por medio del enfriamiento de la leche.



Extractor centrífugo para la preparación industrial de la leche maternizada

No pudiendo ocuparme de los detalles de la preparación industrial de la leche maternizada, daré algunos detalles de su preparación en la casa.

Se colocan en un refrigerante ó en su defecto en un balde ó en una caja llena de hielo, dos botellas de leche fresca, contenidas en una vasija cubierta, ancha y poco profunda. Por la acción del enfriamiento la crema se separa de la leche y sube á la superficie en el término de 3 ó 4 horas. Sáquese con un sifón la leche magra y más pesada del fondo, dejando en el recipiente solamente el tercio del volumen primitivo, si el niño es muy tierno, ó la mitad si tiene 3 ó 4 meses de edad. Restablézcase con agua esterilizada el volumen primitivo y añádanse á la mezcla unas 3 cucharadas de azúcar.



Preparación doméstica de la leche maternizada

La leche se coloca en botellitas pequeñas que se tapan con tapones de algodón esterilizado, y se esteriliza calentándola en un baño maría á la temperatura de 79-80° C. durante 15 minutos.

Las botellitas deben contener solamente la cantidad de leche que el niño toma en una vez; dos onzas cada dos horas para niños de muy tierna edad. Esta cantidad debe ir aumentando á medida que va en aumento la edad del niño. La leche se le da á los niños por medio de un chupón esterilizado. Deben proibirse los biberones provistos de tubos que no pueden limpiarse. Debe servirse la leche caliente á la temperatura del cuerpo. Un medio muy práctico de calentar la leche durante la noche es sirviéndose de una olla de 3 litros de capacidad, que se guarda llena de agua hirviendo en una caja llena de materiales malos conductores del calor.

Aunque la preparaci6n de la leche maternizada es fácil, no está sin embargo al alcance de todas las familias. Para evitar este inconveniente se creó en Europa desde 1894, por la generosa iniciativa del Doctor Dufour, la instituci6n de las *Gotas de leche*, especie de consultorios médicos gratuitos, donde ade-



Esterilizaci6n de la leche maternizada

más de la inspecci6n y vigilancia médica de los niños, reciben las madres pobres, diariamente, su provisi6n de leche maternizada y esterilizada. "La funci6n de las gotas de leche, dice el Doctor Dufour, es conservar al niño en el hogar, asegurarle la vigilancia y caricias de su madre, facilitándole á esta última su tarea"

Cada semana se presentan las madres con su niño al local destinado al efecto. Los niños son examinados, pesados; las madres son instruidas sobre el modo de criarlos, estimuladas, felicitadas, á veces reprendidas. Cada niño tiene su historia inscrita, su pedigríe. Aquello es verdadera antropotecnia. Estos establecimientos

funcionan á maravilla en varios países de Europa. En Bélgica las gotas de leche están agrupadas en una vasta liga, cuyo nombre es *Liga nacional belga para la protecci6n de la tierna infancia*, colocada bajo el patronato de los más elevados miembros de la nobleza de aquél país.

Entre nosotros podríase hacerse algo parecido. El espíritu filantrópico no hace falta, ni el dinero tampoco. Mucho podríase hacerse con los 40,000 colones anuales que el Congreso votó para traer inmigrantes. Las gotas de leche nos darían con esa suma, en vez de 400 inmigrantes, 6,000 niños costarricenses.

No puedo entrar en el detalle de las demás reglas de la crianza de los niños. El lavado diario de la lengua para evitar el gusanillo, el baño, la exposici6n al aire y al sol, son entre ellas las principales.



□ Modo de conservar caliente la leche

El último punto que quiero someter á vuestra ilustrada consideración, se refiere á la educación. Los principios que hemos estudiado hasta aquí deben guiarnos en el desarrollo de nuestras facultades físicas principalmente; la educación es el principal agente del perfeccionamiento del alma, es el principal principio de Antropotecnia espiritual.

Hemos visto que la buena alimentación, sana, abundante y nutritiva *durante la primera edad*, es decisivo en el modo de ser futuro del individuo. Del mismo modo la buena nutrición espiritual del niño, la buena dirección del ejercicio de sus facultades superiores, es trascendente para la evolución futura del hombre. En la Naturaleza, señores, en medio de la prodigiosa variedad que observamos, se destaca una portentosa unidad. La gran Maestra en todo y para todo aplica los mismos agentes, dirigidos hacia el mismo fin, inscritos en el gran libro con el mismo carácter de letra. En virtud de este principio de unidad, encontramos en todo las mayores analogías: el sueño es una imagen fiel de la muerte; los padres de familia en sus hogares desempeñan el mismo papel que los espíritus superiores en la dirección de los mundos; la indestructibilidad de la materia y la energía, siempre renacientes, bajo formas cada vez mejores, nos están indicando el hecho de la supervivencia y la reencarnación de las almas. En virtud de esta analogía es que podemos afirmar,—y la experiencia directa así lo confirma—que así como el organismo del tierno niño es de gran plasticidad y permite en esta época la adaptación á las más variadas circunstancias, los vehículos inferiores del alma, lo que en términos teosóficos llaman vehículos astral y mental son también de gran plasticidad y están sujetos á las influencias que sobre ellos se ejercen durante la tierna edad. En otros términos, así como el organismo del tierno niño obedece á las influencias del medio, del ejercicio, de la alimentación, así también podemos modelar el alma del tierno niño mediante la influencia del *ambiente espiritual* que le rodea y que para nosotros debe constituir la verdadera educación.

Las cualidades *inherentes* al alma antes de la reencarnación, pueden ser buenas ó malas y existen en el niño como *tendencias*, como energías latentes en espera de oportunidades para el ejercicio. Estas tendencias pueden modificarse, 1.º por herencia, que ayudará ó contrariará—dentro de ciertos límites—el desenvolvimiento de tales energías, y por la influencia del medio ambiente, ó sea por educación, que hará vibrar, en virtud del fenómeno de *vibración simpática*, los vehículos inferiores, produciendo el desarrollo ó la desaparición de las tendencias latentes del alma. Las tendencias del niño son, como he dicho, energías latentes *inactivas* en espera de oportunidades de desarrollo por medio del ejercicio. Ellas se desarrollan si son estimuladas ó concluirán por desaparecer en el caso contrario. Este fenómeno tiene lugar de un modo decisivo durante la tierna infancia, que es cuando el alma *responde*, por decirlo así, á los estímulos de fuera. De aquí se deduce la inmensa importancia de que el *medio ambiente* que rodea al niño durante la *tierna infancia* sea el mejor posible, é indica la necesidad de emplear, sobre todo en esa época, todos los medios de educación. ¿Cuáles son las energías capaces de afectar profundamente la naturaleza plástica, espiritual del niño? Son el poder del pensamiento y la fuerza de la voluntad de los que los rodean. Es necesario que hasta la edad de 8 ó 10 años

viva el niño en una atmósfera de nobles y elevados pensamientos y de generosas y templadas voluntades, que hagan vibrar al unísono con las suyas el pensamiento y la voluntad del niño. Este ambiente espiritual adecuado para el niño, no puede encontrarse más que en el hogar doméstico. De aquí la importancia inmensa de sustraer á los niños por el mayor tiempo posible de la *infección psíquica*, que inevitablemente reciben en la escuela. Esto que estoy diciendo podrá parecer herético, pero baste considerar que si los maestros en las escuelas no pueden ni aun garantizar la pureza de acciones y palabras de sus educandos, ¿cómo podrán asegurar en la escuela la pureza de los pensamientos? Muchos maestros hay, desgraciadamente, que contaminan á sus discípulos, no con sus palabras y acciones, que pueden ser muy correctos, sino de un modo más sutil y poderoso: con sus malos pensamientos.

Es necesario, pues, que los padres de familia se penetren bien de la *sagrada misión* que tiene de dirigir, rodeándoles del mejor ambiente, la evolución espiritual de sus hijos, misión que por ninguna consideración ni por ninguna circunstancia, como serían la enfermedad ó los negocios, les es permitido eludir.

De lo dicho se desprende que el agente de educación que los padres deben emplear para con sus hijos es, sobre todo, la influencia de su propia vida, la de sus acciones, la de sus palabras y sobre todo de sus pensamientos. Ningún padre tiene derecho de pensar mal delante de sus hijos, por recóndito que este pensamiento pueda ser. Los pensamientos tienen forma objetiva. Cuando pensamos creamos, á nuestro modo, un mundo de seres que nos influncian favorable ó desfavorablemente, y con mayor razón á los niños, según sea la naturaleza de nuestras creaciones. En esto somos verdaderos dioses. Los malos pensamientos de los padres tienen una naturaleza *infecciosa* para los hijos. Las personas *videntes*, que tienen desarrollados ciertos sentidos superiores, latentes en la generalidad de los hombres actuales, pueden ver, como nosotros vemos la luz del día, el contagio que los malos pensamientos producen sobre el *aura* ó atmósfera etérea y luminosa que rodea á todos los seres humanos. Pero no basta que los padres vigilen sus propios pensamientos, no acariciando jamás ninguno que no quisieran ver reproducido en sus hijos; están, además, en el deber de cultivar afecciones altruistas y pensamientos elevados que provoquen ó estimulen los sentimientos análogos en sus hijos. Puede afirmarse, pues, que el porvenir de los hijos está en las manos de sus padres, primero por la herencia y después por la educación. Ellos pueden, elevando su propia naturaleza, ayudar poderosamente al perfeccionamiento de sus hijos; es decir, que ellos se perfeccionan ayudando á elevarse á aquellos á quienes han dado el ser. Si los padres quieren que sus hijos sean altruistas, afables, verídicos, fuertes en las adversidades, deben tratar de desarrollar en ellos mismos todas estas cualidades. Hay que corregir sus defectos con dulzura y benevolencia si queremos que ellos sean á su vez dulces y benévulos. Debe proscribirse en absoluto ese sistema de rigor, de despotismo, tan recomendado por ciertos moralistas, muy estimados por desgracia entre nosotros. Los arranques de ir de los padres al corregir á sus niños, no pueden producir otro efecto que el volverlos intemperantes é iracundos.

Lo que se ha dicho de la influencia del modo de ser de los padres sobre los hijos, se aplica también á los que de algún modo tienen relación

con los niños, como son las nodrizas, los criados, los amigos y sobre todo los maestros. Como regla general, no es deseable que los niños estén en manos mercenarias, puesto que ellos suelen estar colocados en un nivel moral inferior al de sus jefes.

En cuanto á los maestros, ellos continúan la obra educativa de los padres, y á ellos incumbe también parte de la tremenda responsabilidad de dirigir bien las tendencias de los educandos. La influencia del maestro buena ó mala sobre los niños, es incalculable y depende sobre todo de sus pensamientos. Los maestros que piensan mal, aunque con sus labios enseñen lo contrario de lo que piensan, infectan gravemente el alma de sus educandos. De esto nos presenta la experiencia muchos y dolorosos ejemplos.

“Entra en los designios de la Naturaleza que la infancia sea tiempo feliz y no debemos omitir esfuerzo alguno para que así sea. No puede contrariarse en modo alguno ninguna de las leyes de la Naturaleza, sin que tengamos que sufrir las consecuencias”. Hay que evitar esa tendencia á contrariar á los niños ó impedir sus naturales expansiones y alegrías. Esto hará á los niños taciturnos, medrosos ó hipócritas. Sigamos en esto el ejemplo del Japón, país en donde la ternura con los niños constituye un verdadero culto, en el que se interesan todas las clases de la sociedad.

Debemos, finalmente, nutrir la inteligencia del niño con la verdad, sólo con la verdad, en todos los dominios del conocimiento. Llenar la inteligencia del niño con falsedades, con pretexto de que así lo exige la costumbre, la tradición de las familias ó por cualquier otra consideración, es un crimen de lesa humanidad.

Los anteriores conceptos sobre la educación de los niños, han sido tomados, en su mayor parte, de la obrita titulada *Nuestra relación con los niños*, de Leadbeater, uno de los más autorizados propagandistas de la enseñanza teosófica de nuestros tiempos.

Habéis oído hablar del alma y sus poderes, de la reencarnación, de simpatía de las almas, del poder educativo del pensamiento, cosas todas que no encajan muy bien en el cuadro de las ideas admitidas hoy por la mayor parte de los representantes de la ciencia oficial, y en los labios de muchos tal vez se dibuja la sonrisa de la duda, del escepticismo ó de la ironía. No importa. Si mis palabras tienen un fondo de verdad, él será percibido. Mi intención ha sido sincera y esto me alienta y me satisface. Ahora quiero terminar transcribiendo las siguientes líneas de Mme. Blavatsky en su magnífica obra *Isis sin velo*, porque las creo oportunas:

“A las pocas inteligencias elevadas que interrogan á la Naturaleza en lugar de prescribir leyes para su dirección, que no limitan sus posibilidades á tenor de las imperfecciones de sus propios poderes y que no creen únicamente porque no saben, queremos recordarles aquella sentencia de Narada, el antiguo filósofo indo:

“No pronuncies jamás estas palabras: yo no sé esto, luego es falso”.

“Hay que estudiar para saber, saber para comprender, y comprender para juzgar”.

He dicho.